

# ANFITRIÓN

*Comedia*

por J. B. P. de Molière  
representada por primera vez  
en París, en el Théâtre du Palais-Royal  
el 13 de enero de 1668  
por la *Troupe* del Rey

A SU ALTEZA SERENÍSIMA MONSEÑOR EL PRÍNCIPE<sup>1</sup>

MONSEÑOR

Aunque no agrada a nuestros relevantes ingenios, no veo nada más enojoso que las epístolas dedicatorias; y VUESTRA ALTEZA SERENÍSIMA permitirá, si le place, que yo no siga en esta el estilo de esos señores, y me niegue a emplear los dos o tres miserables pensamientos tantas veces traídos y llevados que están raídos por todas partes. El nombre del GRAN CONDÉ es un nombre demasiado glorioso para tratarlo como se hace con todos los demás nombres. Solo hay que aplicar ese ilustre nombre a empresas que sean dignas de él, y, para decir bellas cosas, antes querría hablar de ponerlo a la cabeza de un ejército<sup>2</sup> que a la cabeza de un libro; e ima-

---

<sup>1</sup> Louis II de Bourbon, príncipe de Condé (1621-1686), llamado el Gran Condé, había apoyado a Molière en la batalla del *Tartufo* (sobre esas relaciones véase mi prólogo, ed. cit.), e invitado a la compañía a su palacio de Chantilly y al de la princesa Palatina cuando la obra estaba prohibida, como lo sigue estando en este momento. Era hermano del príncipe de Conti, de quien Molière habría aprovechado ciertos rasgos para el personaje de Don Juan; véase la sección de la Introducción «Vida y hechos de una sombra» (pág. 38).

<sup>2</sup> Tras permanecer alejado de la corte por haber sido uno de los dirigentes de la Fronda de los príncipes contra Luis XIV, el definitivo perdón real llegó el 30 de septiembre de 1667, cuando se le encargó dirigir el ejército de Alemania para recuperar el condado de Borgoña (Franco Condado), en poder de los españoles; había obtenido una victoria relámpago en tres semanas de febrero, poco antes de la publicación de *Anfitrión* (5 de marzo de 1668).

gino mucho mejor lo que es capaz de hacer enfrentándolo a las fuerzas de los enemigos de este Estado que enfrentándolo a la crítica de los enemigos de una comedia.

No es, MONSEÑOR, que la gloriosa aprobación de Vuestra Alteza Serenísima no sea una poderosa protección para todas estas clases de obras, ni que no estemos persuadidos de las luces de vuestro espíritu tanto como de la intrepidez de vuestro corazón y de la grandeza de vuestra alma. Por toda la tierra se sabe que el brillo de vuestro mérito no está encerrado en los límites de ese valor indomable que gana adoradores incluso entre aquellos a los que vence; que ese mérito se extiende hasta los conocimientos más sutiles y más relevantes; y que las decisiones de vuestro juicio sobre todas las obras de ingenio no dejan de ser seguidas por la opinión de los más exquisitos. Pero también se sabe, MONSEÑOR, que todas esas gloriosas aprobaciones de las que nos jactamos ante el público, no nos cuesta nada hacerlas imprimir, y que son cosas de las que disponemos como se nos antoja. Se sabe, digo, que una epístola dedicatoria dice cuanto le place, y que un autor puede echar mano de las personas más augustas y adornar con sus grandes nombres las primeras hojas de su libro; que tiene la libertad de adjudicarse cuanto quiera el honor de su estima, y conseguir protectores que nunca han pensado en serlo<sup>3</sup>.

No abusaré, MONSEÑOR, ni de vuestro nombre ni de vuestras bondades para combatir a los censores del *Anfitrión* y atribuirme una gloria que quizá no he merecido; y solo me tomo la libertad de ofreceros mi comedia para tener ocasión de deciros que miro sin cesar con profunda veneración las grandes cualidades que unís a la augusta san-

---

<sup>3</sup> En el prefacio de *Las preciosas ridículas* Molière emplea la misma ironía, apuntando probablemente en esa ocasión contra Corneille (ed. cit., págs. 66-67).

gre de la que recibisteis la vida, y que soy, MONSEÑOR, con todo el respeto posible y todo el celo imaginable,  
de VUESTRA ALTEZA SERENÍSIMA

el muy humilde, muy obediente  
y muy obligado servidor.

MOLIÈRE

ARGATIFÓNTIDAS	}	capitanes tebanos
NAUCRATES		
POLIDAS		
POSICLES		

*La escena ocurre en Tebas, delante de la casa de Anfitrión<sup>9</sup>*

## ACTORES<sup>4</sup>

MERCURIO<sup>5</sup>

LA NOCHE

JÚPITER<sup>6</sup>, bajo la forma de Anfitrión

ANFITRIÓN<sup>7</sup>, general de los tebanos

ALCMENA, mujer de Anfitrión

CLEANTIS, doncella de Alcmena y mujer de Sosia<sup>8</sup>

SOSIA, criado de Anfitrión

<sup>4</sup> «El que actúa en la intriga»; los textos clásicos alternan ese término con el moderno de «personajes». Se desconoce el reparto de la representación, que el gacetillero Robinet elogia destacando a los intérpretes de la Noche y de Alcmena, pero sin especificar su nombre. Sobre el posible reparto y el vestuario, véase en la Introducción las págs. 65-67.

<sup>5</sup> Hijo de Zeus y de la pléyade Maya, Mercurio es en la mitología griega, con el nombre de Hermes, el heraldo y mensajero de Zeus/Júpiter, y el servidor de sus aventuras amorosas en Plauto. Se le representa con unos atributos característicos: sombrero de ala ancha, gorro, sandalias y caduceo, o vara mágica; las leyendas posteriores dotaron de alas a su gorro y a sus pies, mientras el caduceo adoptaba dos serpientes entrelazadas rematadas también por alas.

<sup>6</sup> El principal dios de la mitología clásica antigua, llamado Zeus por los griegos y Júpiter por los romanos.

<sup>7</sup> Biznieto de Zeus, hijo de Alceo, rey de Tirinto, prometido a Alcmena, hija de su tío Electrión, rey de Micenas.

<sup>8</sup> Ni en el *Anfitrión* de Plauto ni en *Les Sosies* de Rotrou figuran Cleantis, Argatifóntidas, Polidas o Posicles, nombres a los que Molière presta suficiente resonancia para ser tomados por griegos.

<sup>9</sup> Esta Tebas es la ciudad de la región de Beocia. «Una plaza de la ciudad. Se necesita un balcón; debajo una puerta. Para el Prólogo, una máquina para Mercurio, un carro para la Noche. En el acto III, Mercurio se va en él, y Júpiter en su carro. Se necesita una linterna sorda, un bate», según la *Memoria* de Mahelot.

PRÓLOGO<sup>10</sup>

MERCURIO, *sobre una nube*, LA NOCHE,  
*en un carro*<sup>11</sup> *arrastrado por dos caballos*

MERCURIO.—¡Más despacio, encantadora Noche! Dignaos deteneros, porque hay cierta ayuda que se desea de vos, y tengo dos palabras que deciros de parte de Júpiter.

LA NOCHE.—¡Ah, ah!, ¡sois vos, señor Mercurio! ¿Quién os hubiera reconocido en semejante postura!

MERCURIO.—A fe que, sintiéndome cansado por no poder dar abasto a las diferentes empresas en que Júpiter me ocupa, me he sentado tranquilamente en esta nube a esperar vuestra llegada.

LA NOCHE.—Estáis de broma, Mercurio, y no pensáis lo que decís. ¿Es propio de los dioses decir que están cansados?

MERCURIO.—¿Son de hierro los dioses?

LA NOCHE.—No, pero siempre hay que guardar el *decorum*<sup>12</sup> de la divinidad. Hay ciertas palabras cuyo uso rebaja

---

<sup>10</sup> En el diálogo «Mercurio y el sol», de las obras de Luciano de Samosata, recientemente traducidas (1664), y en el que Molière se inspira, el mensajero de Júpiter ruega al astro que demore su paso para permitir a su amo gozar de Alcmena sin prisas. En *Les Sosies* Rotrou situaba a Mercurio en el aire, invitando a la Luna a la misma demora.

<sup>11</sup> Ambos elementos, nube y carro, eran máquinas que contribuían al éxito de las obras.

<sup>12</sup> Término latino: conjunto de reglas para «observar todas las conveniencias» (Furetière), y mantener así el rango en sociedad; en los dioses garantiza la veneración que se les debe.

esa sublime condición, y que por su falta de dignidad conviene dejar a los hombres.

MERCURIO.—Habláis muy a vuestras anchas, hermosa, pues tenéis una silla rodante<sup>13</sup> en la que, por dos buenos caballos, como dama indolente, os hacéis llevar a donde queréis. Pero a mí no me ocurre lo mismo; y, en mi fatal destino, no puedo odiar bastante a los poetas por su extrema impertinencia de haber concedido, por una injusta ley cuyo uso se quiere mantener, a cada dios, en su tarea, algún modo de desplazarse, y dejarme a mí a pie, como un recadero de aldea, a mí, que como todos saben soy, en la tierra y en los cielos, el famoso mensajero del soberano de los dioses, y que, sin exagerar lo más mínimo, para todas las empresas que me encarga, necesitaría más que nadie disponer de un medio de transporte.

LA NOCHE.—¡Qué se le va a hacer! Los poetas obran a su antojo. No es ésa la única necedad que se ve hacer a esos señores. Pero vuestra alma se irrita contra ellos sin razón, que vuestras alas en los pies son un don de su afecto.

MERCURIO.—Sí, pero ¿se cansa menos uno por ir más deprisa?

LA NOCHE.—Dejemos eso, señor Mercurio, y sepamos de qué se trata.

MERCURIO.—Como os he dicho, es Júpiter quien quiere el oscuro favor de vuestro manto para cierta dulce aventura que un nuevo amor le proporciona. Sus costumbres, según creo, no os son desconocidas. Muy a menudo descuida los cielos por la tierra, y no ignoráis que a ese amo de los dioses le gusta humanizarse<sup>14</sup> ante ciertas bellezas

<sup>13</sup> El carro señalado en la acotación; la fórmula empleada es un anacronismo por «pequeña carroza ligera» (Furetière).

<sup>14</sup> Para Forestier, en *humaniser*, además de atender a su significado de «adoptar apariencia humana», hay que ver también el de «enamorarse», empleado en lenguaje amoroso: «Esta dama se ha humanizado un poco desde que le envían regalos» (Furetière).

mortales, y sabe cien ingeniosas argucias para vencer a las más crueles. Ha sentido los dardos de los ojos de Alcmena, y, mientras en medio de las llanuras beocias<sup>15</sup>, su esposo, Anfitrión, manda las tropas tebanas, él ha tomado su forma, y bajo ella recibe un alivio a sus penas con el goce de los más dulces placeres. La situación en que se encuentran los esposos es propicia a su pasión: el himeneo los ha unido hace tan solo unos días; y el juvenil ardor de sus tiernos amores ha hecho que Júpiter haya pensado recurrir a ese bello artificio. Su estratagema ha resultado positiva en este caso; aunque, con otras personas amadas, semejante disfraz de nada serviría, que no en todas partes es buen medio de agradar la figura de un marido.

LA NOCHE.—Júpiter me sorprende, y no llego a comprender todos los disfraces que se le ocurren.

MERCURIO.—Quiere gozar con ello de toda clase de estados, y así obrar como dios que no es nada bestia<sup>16</sup>. En cualquier rango que los mortales lo consideren, yo lo tendría por muy mísero si no abandonara nunca su temible aspecto y siempre estuviese encaramado en la cima de los cielos. En mi opinión no hay método más necio que estar siempre aprisionado en su grandeza; y, sobre todo, en los arrebatos del ardor amoroso, la alta estirpe resulta muy incómoda. Júpiter, que sin duda entiende de placeres, sabe descender de lo alto de su gloria suprema, y, para entrar en todo lo que le place, sale por completo de sí mismo, y entonces ya no es Júpiter el que aparece.

<sup>15</sup> Beocia: región de Grecia central, que antiguamente tuvo su capital en la ciudad de Tebas; la limitan dos macizos montañosos sagrados: el Parnaso y el Helicón, entre los que se desarrolla la vasta llanura de Orcómeno.

<sup>16</sup> En sus distintas aventuras amorosas, Júpiter se metamorfoseó en diversos animales, según Ovidio (*Metamorfosis*, VI): toro (con Europa), serpiente (con Proserpina), cisne (con Leda), etc. Molière juega aquí, como en la réplica siguiente de Mercurio, con el doble sentido de *bête*: «bestia, animal», pero también «tonto, necio».

LA NOCHE.—Pase todavía verlo descender desde esa sublime zona a la de los hombres, gozar de todas las pasiones que su corazón pueda proporcionarle y rebajarse a sus juegos, si, en los cambios a que le incita su capricho, quisiera atenerse a la naturaleza humana. Pero ver a Júpiter toro, serpiente, cisne o alguna otra cosa no me parece bello, y no me extraña que a veces se le critique por eso.

MERCURIO.—Dejemos que los censores murmuren. Tales cambios tienen sus encantos, que van más allá de su inteligencia. Este dios sabe lo que hace tanto en eso como en otras cosas; y en los impulsos de sus tiernos ardores, las bestias no son tan bestias como se piensa.

LA NOCHE.—Volvamos a la persona de cuyos favores disfruta. Si con su estratagema ve su pasión satisfecha, ¿qué más puede desear? ¿Y qué puedo hacer yo?

MERCURIO.—Que vuestros caballos, obligados por vos a ir al paso, para satisfacer las ansias de su alma enamorada hagan de una noche tan deliciosa la más larga de las noches. Que concedáis más tiempo a sus arrebatos y retardéis el despuntar del día, que debe adelantar el regreso de aquel cuyo sitio ocupa.

LA NOCHE.—Desde luego, ¡vaya una tarea la que el gran Júpiter me encarga! ¡Y honrado nombre<sup>17</sup> el que se da al papel que se quiere de mí!

MERCURIO.—¡Aunque diosa joven, pertenecéis a los viejos tiempos! Una tarea así solo es bajeza entre la gente del vulgo. Cuando se tiene la suerte de figurar en un alto rango, todo lo que se hace siempre es bello y bueno; y, según lo que se pueda ser, cambian las cosas de nombre.

LA NOCHE.—En semejantes materias vos sabéis más que yo; y para aceptar la tarea quiero creer a vuestras luces.

MERCURIO.—¡Eh!, venga, vamos, señora Noche, un poco de tranquilidad, por favor. En el mundo tenéis la reputación de no ser tan difícil. En cien países distintos os tienen por confidente de muchas aventuras; y, hablando con franqueza, creo que apenas tenemos que envidiarnos el uno al otro.

LA NOCHE.—Dejemos esas disputas y sigamos siendo lo que somos. No hagamos reír a los hombres diciéndonos nuestras verdades.

MERCURIO.—Adiós, voy a la tierra, según lo que se me ha encargado, a despojarme enseguida de la forma de Mercurio y disfrazarme con la figura del criado de Anfitrión.

LA NOCHE.—Pues yo, como mi oscuro séquito, haré una parada en este hemisferio.

MERCURIO.—Hasta pronto, Noche.

LA NOCHE.—Adiós, Mercurio.

*Mercurio descende de su nube a tierra,  
y La Noche pasa en su carro.*

<sup>17</sup> Por antífrasis, el de *maquereau* (chulo), término solo en masculino, de moda en ese momento.

## ACTO PRIMERO<sup>18</sup>

### ESCENA PRIMERA

SOSIA.—¡Eh!, ¿quién va? Mi miedo aumenta a cada paso. Señores, soy amigo de todo el mundo. ¡Ah, qué inaudita audacia andar por ahí con la hora que es! ¡Qué mala pasada me ha jugado aquí mi glorioso amo! ¡Cómo!, si sintiese el menor aprecio por su prójimo, ¿me habría mandado salir en noche tan oscura? Y para enviarme a que anuncie su vuelta y el detalle de su victoria, ¿no podía esperar a que fuese de día? ¡Sosia, a qué servidumbre están sometidos los días de tu vida! Nuestra suerte es mucho más dura entre los grandes que entre los pequeños. Quieren que para ellos todo en la naturaleza esté obligado a inmolarse. Día y noche, granizo, viento, peligro, calor, frío... En cuanto hablan hay que volar. Veinte años de servicio asiduo no nos valen de nada: el menor capricho nos atrae su cólera. Y, sin embargo, nuestra alma insensata se obstina en el vano honor de permanecer a su lado, y quiere satisfacerse con la falsa idea que las demás gentes tienen de que somos felices. En vano la razón nos aconseja retirarnos, en vano nuestro despecho consiente en ello algunas veces: la sola vista de los

---

<sup>18</sup> En las dos primeras escenas de este acto, Molière sigue de cerca la primera del *Anfitrión* de Plauto, y las II y III de *Les Sosies* de Rotrou; en especial, en los pasajes sobre la satisfacción de los criados de pertenecer a un amo y la decepción que sienten.



amos tiene sobre nuestra lealtad un ascendiente demasiado poderoso, y el menor favor de una mirada cariñosa nos hace volver a nuestro puesto con renovado ardor<sup>19</sup>. Pero por fin veo en la oscuridad nuestra casa, y mi miedo se disipa. Para cumplir con la embajada necesitaría algún discurso preparado de antemano. Debo a los ojos de Alcmena un relato militar del gran combate que ha desbaratado a nuestros enemigos; pero ¿cómo diantre hacerlo si no estuve en él? No importa, hablemos de ello con la mayor de las audacias, como testigo ocular; ¡cuánta gente hace relatos de batalla de las que se han mantenido lejos! Para representar mi papel sin esfuerzo quiero repasarlo un poco. Ahí está la estancia, en la que entro como mensajero al que introducen, y esta linterna es Alcmena, a la que debo dirigirme.

*Deja su linterna en el suelo y le dirige sus saludos.*

Señora, Anfitrión, mi amo y vuestro esposo... ¡Bien! ¡Bello comienzo!... con el espíritu siempre embargado por vuestros encantos, ha tenido a bien escogermme entre todos para daros cuenta del triunfo de sus armas y del deseo que tiene de verse a vuestro lado. ¡Ah!, en verdad, mi pobre Sosia, que se me alegra el corazón al volver a verte. Señora, eso es demasiado honor, y mi destino debe causar envidia. ¡Bien contestado! ¿Cómo se encuentra Anfitrión? Como hombre valiente, señora, en los combates a que la gloria le obliga. ¡Muy bien! ¡Bonita ocurrencia! ¿Cuándo volverá a dar contento a mi alma con su delicioso regreso? Lo antes que pueda, señora, con toda seguridad; pero mucho más tarde de lo

<sup>19</sup> Posible alusión al desencanto sufrido por Molière tras sus esfuerzos para que *El Tartufo* subiera a las tablas, tras las prohibiciones del presidente del Parlamento y del arzobispo de París los días 6 y 11 de agosto de 1667, sin que los dos actores enviados al rey por Molière, La Grange y La Thorillière, regresaran, a pesar de las promesas, con una respuesta favorable de Luis XIV.

que su corazón desea. ¡Ah! Pero ¿en qué estado le ha puesto la guerra? ¿Qué dice? ¿Qué hace? Alegra un poco a mi alma. Dice menos de lo que hace, señora, y hace temblar a los enemigos. ¡Diablos! ¿De dónde sacará mi cabeza tanto ingenio? ¿Qué hacen los sublevados? Dime, ¿cuál es su destino? No han podido resistir, señora, nuestro ataque: los hemos destrozado, hemos matado a Pterelas, su jefe, conquistado Telebas<sup>20</sup> en el asalto, y ya en el puerto todo resuena con el clamor de nuestras proezas. ¡Ah, qué triunfo! ¡Oh dioses! ¿Quién lo hubiera creído? Cuéntame, Sosia, tal acontecimiento. Con mucho gusto, señora; y, sin ufanarme de gloria, del detalle de esta victoria puedo hablar con todo conocimiento. Imaginad, pues, que Telebas, señora, se encuentra en este lado:

*Señala los lugares sobre su mano, o en el suelo.*

Es, en verdad, una ciudad casi tan grande como Tebas, el río está tal que allí. Aquí acamparon nuestras gentes, y este espacio de ahí lo ocuparon nuestros enemigos; sobre una colina, hacia este lado, estaba su infantería; y más abajo, en el lado derecho, la caballería. Después de haber dirigido las plegarias a los dioses, una vez explicadas todas las órdenes, se da la señal. Los enemigos, pensando que nos pondrían en aprietos, formaron tres pelotones con sus gentes de a caballo; pero pronto su ardor fue reprimido por nosotros, y ahora veréis de qué manera. Allí nuestra vanguardia peleaba muy animada; allá, los arqueros de Creón, nuestro rey;

<sup>20</sup> Según la leyenda, Electrión, rey de Micenas, tío de Alcmena, hubo de enfrentarse a los tafios, que, con Pterelao al frente, invadieron su reino; Electrión morirá accidentalmente por culpa de Anfitrión; desterrado, se instaló en Tebas y luchó contra los tafios; la noche de su regreso tras la victoria, Zeus adoptó la apariencia de Anfitrión para gozar de Alcmena. El nombre de Pterelao, así como el de Telebas, lo encuentra Molière en Plauto y en Rotrou.

y aquí el grueso del ejército, (*se hace un poco de ruido*) que al principio... Aguardad, el grueso del ejército tiene miedo. Me parece haber oído un ruido.

## ESCENA II

MERCURIO, SOSIA

MERCURIO, *bajo la apariencia de Sosia [saliendo de la casa de Anfitrión]*.—Con esta jeta, que se le parece, expulsemos de aquí a ese charlatán, cuya importuna llegada turbaría la dulzura que nuestros amantes gozan juntos.

SOSIA [*sin ver a Mercurio*].—Mi corazón se tranquiliza un tanto, y creo que no pasa nada. Sin embargo, por temor a una enojosa aventura, vayámonos a casa a terminar la charla.

MERCURIO [*aparte*].—Habrás de ser más fuerte que Mercurio, o yo te lo impediré.

SOSIA [*sin ver a Mercurio*].—Esta noche me parece más larga que ninguna. Desde que estoy en camino, es preciso, o que mi amo haya tomado la noche por el día, o que el rubio Febo dormite hasta muy tarde en su lecho por haber bebido demasiado vino.

MERCURIO [*aparte*].—¡Con qué irreverencia habla de los dioses este mamarracho! Pronto sabrá mi brazo castigar esa insolencia, que voy a divertirme con él como es debido, robándole el nombre igual que la apariencia.

SOSIA [*viendo a Mercurio*].—¡Ah!, a fe que tenía yo razón! ¡Ay de mí, mísera criatura! Delante de nuestra casa veo a cierto hombre cuya pinta no me presagia nada bueno. Para fingir firmeza, voy a cantar un poco desde aquí.

*Canta; y cuando Mercurio habla, su voz va debilitándose poco a poco.*

[246]

MERCURIO.—¿Quién es este granuja que se toma tanta libertad como para cantar y aturdirme así? ¿Querrá que mi mano se dedique a zurrarle?

SOSIA [*aparte*].—Seguro que a este hombre no le gusta la música.

MERCURIO.—Hace más de una semana que no he encontrado nadie a quien romper los huesos. El vigor de mi brazo se embota en el reposo; y busco alguna espalda para hacer un poco de ejercicio.

SOSIA [*aparte*].—¿Qué diablo de hombre es ese? Siento mi alma atacada por mortales temores. Pero ¿por qué temblar tanto? Quizá él sienta en el alma el mismo miedo que yo, y el bellaco habla así para ocultarme su temor bajo una audacia fingida. Sí, sí, no permitamos que nos tome por un zopenco. Si no soy atrevido, tratemos de parecerlo. Tengamos valor mediante razonamiento. Él está solo, como yo; soy fuerte, tengo un amo poderoso, y esta es nuestra casa.

MERCURIO.—¿Quién va ahí?

SOSIA.—Yo.

MERCURIO.—¿Quién yo?

SOSIA.—Yo. [*Aparte.*] ¡Valor, Sosia!

MERCURIO.—¿Cuál es tu condición?, dime.

SOSIA.—La de ser hombre, y hablar.

MERCURIO.—¿Eres amo o criado?

SOSIA.—Según lo que me venga en gana.

MERCURIO.—¿A dónde se dirigen tus pasos?

SOSIA.—A donde tengo intención de ir.

MERCURIO.—¡Ah!, eso me desagrada.

SOSIA.—Pues a mi alma le encanta.

MERCURIO.—Decididamente, por la fuerza o por las buenas, quiero saber de ti, traidor, lo que haces, de dónde vienes antes del alba, a dónde vas y a quién sirves.

SOSIA.—Hago el bien y el mal según los casos; vengo de allí y voy hacia allá; y sirvo a mi amo.

MERCURIO.—Muestras ingenio, y te veo dispuesto a darte conmigo aires de hombre importante. Para entablar

[247]

conocimiento, empiezan a entrarme ganas de darte una bofetón.

SOSIA.—¿A mí?

MERCURIO.—A ti: y aquí tienes uno.

*Le da un bofetón.*

SOSIA.—¡Ah! ¡Ah!, es de verdad.

MERCURIO.—No, es solo por reírnos, y para responder a tus chanzas sin gracia.

SOSIA.—¡Vaya con el amigo!; sin querer reprocharos nada, ¡qué bofetones atizáis!

MERCURIO.—Ésos son mis menores golpes; bofetaditas corrientes.

SOSIA.—Si yo fuera tan impetuoso como vos, buenos negocios haríamos.

MERCURIO.—Todo eso no es suficiente para que dejemos las bofetadas: ya veremos alguna otra cosa; sigamos con nuestra charla.

SOSIA.—Yo dejo la partida.

*Quiere irse.*

MERCURIO [*deteniendo a Sosia*].—¿A dónde vas?

SOSIA.—¿Qué te importa?

MERCURIO.—Quiero saber a dónde vas.

SOSIA.—A que me abran esa puerta. ¿Por qué detienes mis pasos?

MERCURIO.—Si llevas tu audacia hasta acercarte a ella, haré que llueva sobre ti una tormenta de golpes.

SOSIA.—¡Cómo! ¿Quieres con tu amenaza impedirme entrar en nuestra casa?

MERCURIO.—¿Cómo que en nuestra casa?

SOSIA.—Sí, en nuestra casa.

MERCURIO.—¡Ah, traidor!, ¿aseguras ser de esta casa?

SOSIA.—Desde luego. ¿No es su dueño Anfitrión?

MERCURIO.—¿Y qué tiene eso que ver?

SOSIA.—Soy su criado.

MERCURIO.—¿Tú?

SOSIA.—Yo.

MERCURIO.—¿Su criado?

SOSIA.—Sin la menor duda.

MERCURIO.—¿Criado de Anfitrión?

SOSIA.—De Anfitrión, sí.

MERCURIO.—¿Y te llamas?

SOSIA.—Sosia.

MERCURIO.—¡Eh! ¿Cómo?

SOSIA.—Sosia.

MERCURIO.—Escucha, ¿quieres que hoy te muele a palos?

SOSIA.—¿Por qué? ¿Qué furia ha hecho presa en tu alma?

MERCURIO.—¿Quién te da, dime, la insolencia de tomar el nombre de Sosia?

SOSIA.—Yo no lo tomo, lo he llevado siempre.

MERCURIO.—¿Qué horrible mentira, qué monstruosa desvergüenza! ¿Osas sostener ante mí que Sosia es tu nombre?

SOSIA.—Claro que lo sostengo, por la sencilla razón de que así lo ha hecho el poder supremo de los dioses; y porque no puedo decir lo contrario y ser otro distinto de mí mismo.

*Mercurio lo golpea.*

MERCURIO.—Mil palos han de ser el precio de semejante insolencia.

SOSIA.—¡Justicia, ciudadanos! ¡Socorro, por favor!

MERCURIO.—¡Cómo, bandido!, ¿gritas?

SOSIA.—Me mueles a golpes, ¿y no quieres que grite?

MERCURIO.—Así es como mi braz...

SOSIA.—Lo que haces no tiene ningún mérito. Te aprovechas de la ventaja que sobre mí te da mi falta de valor, y eso no es obrar bien. Es pura fanfarronería querer aprove-

chase de la cobardía de aquellos a los que ataca nuestro brazo. Pegar a un hombre sin riesgo alguno no es propio de un alma bella, que es digno de censura el valor contra gentes que no lo tienen.

MERCURIO.—Y bien, ¿sigues insistiendo en ser Sosia?, ¿qué dices?

SOSIA.—Tus golpes no han producido en mí ninguna metamorfosis, y el único cambio que le encuentro al asunto es ser ahora un Sosia apaleado.

MERCURIO [*amenazando a Sosia*].—¿Otra vez? Cien golpes más por esta nueva desvergüenza.

SOSIA.—Por favor, pon tregua a tus golpes.

MERCURIO.—Pon tregua tú a tu insolencia.

SOSIA.—Todo lo que quieras; guardo silencio: la disputa es demasiado desigual entre nosotros.

MERCURIO.—¿Sigues siendo Sosia? ¡Contesta, traidor!

SOSIA.—¡Ay!, soy lo que tu quieras. Dispón de mi destino a gusto de tus deseos; tu brazo te ha hecho su amo.

MERCURIO.—Según decías, tu nombre era Sosia.

SOSIA.—Cierto, hasta ahora la cosa me parecía clara: pero tu bastón me ha hecho ver que en este asunto estaba equivocado.

MERCURIO.—Sosia soy yo, y todo Tebas lo proclama. Anfitrión no ha tenido ningún otro Sosia más que yo.

SOSIA.—¿Tú, Sosia?

MERCURIO.—Sí, Sosia; y si alguien se enfrenta a él, ya puede andarse con cuidado.

SOSIA [*aparte*].—¡Cielo! ¿Tendré que renunciar así a mí mismo, y ver cómo me roba el nombre un impostor? ¡Cuánta suerte tiene de que yo sea cobarde! Si no, por la muerte...

MERCURIO.—Me parece que, entre dientes, murmuras no sé qué.

SOSIA.—No; pero, en nombre de los dioses, dame permiso para hablar contigo un momento.

MERCURIO.—Habla.

SOSIA.—Pero prométeme, por favor, que no habrá palos. Firmemos una tregua.

MERCURIO.—De acuerdo; sigue, te lo concedo.

SOSIA.—¿Qué te lanza, dime, a esa extravagancia? ¿Qué sacarás de quitarme el nombre? Y, por último, aunque fueras demonio, ¿puedes hacer que yo no sea yo, que no sea Sosia?

MERCURIO [*levantando su bastón sobre Sosia*].—¡Cómo! ¿Te atreves a?...

SOSIA.—¡Ah!, más despacio, que hemos acordado tregua de golpes.

MERCURIO.—¡Cómo! Bellaco, impostor, truhán...

SOSIA.—Injurias dime cuantas quieras: son heridas leves y no me enojan.

MERCURIO.—¿Sigues llamándote Sosia?

SOSIA.—Sí, alguna historia sin fundamento...

MERCURIO.—¡Basta!, rompo nuestra tregua, y vuelvo a recuperar mi palabra.

SOSIA.—Da igual, no puedo aniquilarme porque tú lo quieras y soportar un discurso tan lejos de lo evidente. ¿Está en tu poder ser lo que soy? ¿Y puedo dejar de ser yo? ¿Habrás visto alguna vez nada semejante! ¿Y pueden desmentirse cien indicios irrefutables? ¿Estoy soñando? ¿Duermo acaso? ¿Tengo turbada la mente por poderosos desvaríos? ¿No siento de sobra que estoy despierto? ¿No estoy en mis cabales? ¿No me ha encargado mi amo Anfitrión venir a estos lugares para ver a su esposa Alcmena? ¿No debo hacerle, ensalzándole su amor, un relato de sus hazañas frente a nuestros enemigos? ¿No acabo de llegar del puerto? ¿No tengo una linterna en la mano? ¿No te he encontrado delante de nuestra morada? ¿No te he hablado como a un espíritu humano? ¿No te aprovechas de mi cobardía para impedirme entrar en nuestra casa? ¿No has ejercitado tu furia sobre mi espalda? ¿No me has molido a golpes? ¡Ah!, todo esto es demasiado cierto, ¡y ojalá pluguiera al Cielo que lo fuese menos! Cesa, pues, de insul-

tar al destino de un mísero, y deja que mi deber cumpla con sus obligaciones.

MERCURIO.—Detente, o el menor paso atraerá sobre tu espalda una manifestación contundente de mi justa cólera. Cuanto acabas de decir me corresponde a mí, salvo los golpes.

SOSIA.—Esta linterna sabe cómo esta mañana he salido del barco, llena de espanto el alma. ¿No me ha enviado Anfitrión, desde el campamento, a su esposa Alcmena?

MERCURIO.—[*Has mentido*]<sup>21</sup>. Es a mí a quien Anfitrión envía hacia Alcmena, y el que acaba de llegar del puerto Pérsico<sup>22</sup>. Soy yo quien viene a anunciar el valor de su brazo, que nos ha permitido conseguir una victoria plena y humillar la cerviz al jefe de nuestros enemigos. Yo soy, en fin, con toda certeza, Sosia, hijo de Dave, honrado pastor; hermano de Arpago, muerto en tierra extranjera; marido de Cleantis la gazmoña, cuyo mal carácter me enfurece. El que en Tebas recibió mil latigazos sin protestar nunca por ello, y el que en el pasado fue marcado con hierro candente<sup>23</sup> en la espalda por ser demasiado hombre de bien.

SOSIA [*en voz baja, aparte*].—Tiene razón, y, a menos ser Sosia, no se puede saber todo lo que dice; y, en el asombro de que es presa mi alma, empiezo a mi vez a creerle un poco. En efecto, ahora que lo miro mejor, veo que de mí tiene estatura, semblante y gestos. Hagámosle alguna pregunta para aclarar este misterio. [*Alto.*] De todo el botín cogido a nuestros enemigos, ¿qué parte ha obtenido Anfitrión?

MERCURIO.—Cinco gruesos diamantes, muy bien montados en forma de nudo, con los que su jefe se adornaba como con una refinada labor.

<sup>21</sup> Unas comillas en la edición de 1682 indican que el texto entre corchetes se suprimía en la representación, y se añadían cuatro versos, sin que se sepa si la autoría pertenece a Molière: «Esta mañana del Navío, lleno de espanto en el alma, / esta linterna sabe cómo he partido: / Anfitrión del campo, hacia Alcmena su mujer, / ¿me ha enviado?».

<sup>22</sup> Molière encuentra «Pérsico», en Plauto, puerto no histórico.

<sup>23</sup> «Se marca a los ladrones con una flor de lis en el hombro» (Furetière).

SOSIA.—¿A quién destina un presente tan rico?

MERCURIO.—A su mujer, y en ella quiere verlo lucir.

SOSIA.—Pero, para traerlo, ¿dónde está ahora?

MERCURIO.—En un pequeño cofre sellado con las armas de mi amo.

SOSIA [*aparte*].—En todas sus respuestas, ni una de sus palabras es mentira, hasta el punto de que empiezo seriamente a dudar de mí mismo. Para mí, por la fuerza, ya es Sosia; y bien podría serlo también por la razón. Sin embargo, cuando me palpo y recuerdo, sigue pareciéndome que soy yo. ¿Dónde puedo encontrar alguna explicación clara para dilucidar lo que veo? Lo que he hecho yo solo y sin que nadie lo viese, a menos de ser yo mismo no se puede saber. Tengo que desconcertarlo con una pregunta; será suficiente para confundirle, y vamos a verlo. [*Alto.*] Cuando se libraba el combate, ¿qué hiciste en nuestras tiendas, a dónde, solo, corriste a refugiarte?

MERCURIO.—De un jamón...

SOSIA [*bajo, aparte*].—¡Acierta!

MERCURIO.—... con el que por suerte di, corté valientemente dos suculentas lonchas con las que supe muy bien atiborrarme; y, uniéndole un vino que se conserva con mucho cuidado, y que alegraba la vista antes que el paladar, recobré un poco de valor para nuestros combatientes.

SOSIA [*bajo, aparte*].—Esta prueba sin igual concluye, desde luego, en su favor, y no se le puede objetar nada pues parece que haya estado dentro de la botella. [*Alto.*] Ante las pruebas que das, no podría negar que no seas Sosia, y lo admito. Pero si lo eres, dime qué quieres que sea yo. Porque sigue siendo necesario que yo sea algo.

MERCURIO.—Cuando yo deje de ser Sosia, podrás serlo tú, en eso estoy de acuerdo; pero mientras yo lo sea, te aseguro que mueres si tienes ese capricho.

SOSIA.—Todo esta confusión deja mi mente agotada, y la razón se opone a lo que se ve. Pero, en fin, hay que terminar haciendo algo, y lo más rápido para mí es entrar en la casa.

MERCURIO.—¡Ah!, bellaco, ¿le has tomado el gusto a los palos?

SOSIA [*apaleado por Mercurio*].—¡Ay!, ¿qué es esto? ¡Por todos los dioses! ¡Ahora golpea con más fuerza! Y voy a tener dolorida la espalda todo un mes. Dejemos a este diablo de hombre y volvamos al puerto. ¡Justo Cielo! ¡Bonita embajada la mía!

MERCURIO [*solo*].—Por fin le he hecho huir; y con este trato ha recibido el castigo de muchas de sus acciones. Pero veo a Júpiter, que muy cortésmente acompaña a la amorosa Alcmena.

### ESCENA III<sup>24</sup>

JÚPITER, ALCMENA, CLEANTIS, MERCURIO

JÚPITER.—Prohibid, querida Alcmena, que se acerquen las antorchas. Me ofrecen placeres al permitirme veros, pero también podrían descubrir mi llegada, que más vale ocultar. Mi amor, al que torturaban todos esas brillantes ocupaciones a las que me tenía unido la gloria de nuestras armas, ha robado a los deberes de mi cargo los instantes que acaba de dedicar a vuestros encantos. Ese robo que mi corazón ha consagrado a vuestras bellezas podría ser censurado por la opinión pública, y por eso quiero tener por único testigo a la que puede agradecérmelo.

ALCMENA.—Mucho aprecio, Anfitríon, la gloria que sobre vos derraman vuestras ilustres hazañas; y el esplendor de vuestra victoria sabe tocar los puntos sensibles de mi corazón. Pero cuando veo que este fatídico honor aleja de mí al que amo, en mi ardiente ternura no puedo dejar

<sup>24</sup> Molière sigue a Plauto (I, III) en esta escena, lo mismo que Rotrou, aunque este la traslada de forma abreviada en *Les Sosies*.

de desearle un poco de mal, ni de enfrentar mis deseos a esa orden suprema que os hace general de los tebanos. Es dulce cosa, después de una victoria, la gloria a la que vemos elevado al que amamos; pero entre los peligros mezclados a esa gloria, un funesto infortunio, ¡ay!, llega pronto. ¡Cuántos temores sobrecogen el alma al menor combate del que se oye hablar! Ante el horror de semejante idea, ¿cómo consolarse nunca del golpe con que nos amenaza? Y por muchos laureles que coronen a un vencedor, incluso si se participa de ese honor supremo, ¿vale lo que le cuesta a un tierno corazón que en todo instante puede temblar por el ser amado?

JÚPITER.—Nada veo en vos que no aumente mi pasión. A mis ojos, todo revela un corazón muy apasionado; y es, os lo confieso, algo delicioso encontrar tanto amor en la persona amada. Pero, si me atrevo a decirlo, me inquieta un escrúpulo en los tiernos sentimientos que hacia mí mostráis: que, para gozarlos bien, amor mío, querida Alcmena, querría que no interviniese en ellos nada de vuestro deber: que solo a vuestra pasión, que solo a mi persona debiese yo los favores que recibo de vos, y que no fuera mi condición de esposo vuestro la que me los concediese.

ALCMENA.—A esa condición, sin embargo, debe el ardor que me abraza el derecho de mostrarse a la luz, y no comprendo nada de ese nuevo escrúpulo que preocupa a vuestro amor.

JÚPITER.—¡Ay!, el ardor y la ternura que por vos siento superan también los de un esposo; y no sabéis, en momentos tan dulces, cuánta es su susceptibilidad. No concebís que un corazón muy enamorado se fije con particular cuidado en cien menudencias, y para él sea una inquietud la manera de ser feliz. En mí, bella y encantadora Alcmena, veis un marido, veis un amante; pero, hablando con franqueza, solo el amante me concierne, y cuando estoy a vuestro lado siento que el marido le molesta. Ese amante, celoso en sumo grado de vuestros anhelos, desea que vuestro

corazón se entregue únicamente a él; y su pasión rechaza lo que el marido le da. Quiere obtener de una fuente pura vuestro ardor, y no deber nada a los lazos del himeneo, nada a un molesto deber que hace obrar a los corazones y que a diario envenena la dulzura de los más queridos favores del amor. En el escrúpulo, en fin, que lo atormenta, quiere, para satisfacer su susceptibilidad, que lo separéis de lo que le hiere, que el marido solo sea para vuestra honestidad y que el amante obtenga de vuestro corazón, revestido de bondad, todo el amor y toda la ternura.

ALCMENA.—En verdad, Anfitrión, que bromeáis empleando ese lenguaje, y temería que no os creyeran sensato si alguien os oyese.

JÚPITER.—Mis palabras, Alcmena, son más razonables de lo que pensáis; pero una estancia más larga me haría demasiado culpable, y ha llegado el momento de regresar al puerto. Adiós, la extremada crueldad de mi deber me arranca de vos por algún tiempo. Pero, bella Alcmena, al menos cuando veáis al esposo, pensad en el amante, os lo suplico.

ALCMENA.—Yo no separo lo que unen los dioses<sup>25</sup>: el esposo y el amante me son muy preciados.

CLEANTIS [*aparte*].—¡Oh, Cielo!, ¡cuántas amables muestras de afecto de un esposo ardientemente adorado! ¡Y qué lejos está el traidor de mi marido de toda esta ternura!

MERCURIO [*aparte*].—La Noche, a la que debo avisar, ya solo tiene que plegar todos sus velos; y para borrar las estrellas, el sol puede salir ahora de su lecho.

<sup>25</sup> Evangelio de Mateo, 19, 6: «Lo que Dios une, no lo separe el hombre»; esta máxima limita el matrimonio cristiano volviéndolo indisoluble. Alcmena ironiza sobre la fórmula evangélica: en ella ha encontrado a los dos, al marido y al amante.

#### ESCENA IV

CLEANTIS, MERCURIO

*Mercurio quiere irse.*

CLEANTIS.—¡Cómo! ¿Así es como me dejas?

MERCURIO.—¿Y cómo he de hacerlo? ¿No quieres que cumpla con mi deber y vaya a seguir los pasos de Anfitrión?

CLEANTIS.—¡Pero con qué brusquedad, traidor, te separas de mí!

MERCURIO.—¡Bonito tema de enfado! Como si no tuviéramos tiempo de sobra para estar juntos.

CLEANTIS.—¡Pero cómo! ¡Marcharse así, de una forma tan brutal, sin decirme una sola palabra cariñosa como regalo!

MERCURIO.—¡Diantre! ¿Dónde quieres que vaya mi alma a buscarte pamplinas? Quince años de matrimonio agotan las palabras, y hace ya mucho que nos hemos dicho todo.

CLEANTIS.—Contempla a Anfitrión, traidor, mira cómo hace ostentación de amor por Alcmena, y avergüénzate luego de la poca pasión que muestras por tu esposa.

MERCURIO.—¡Eh, Dios mío! Cleantis, ellos todavía están enamorados. A cierta edad todo es posible, y lo que resulta apropiado en esos comienzos, en nosotros, casados hace mucho, tendría poca gracia. ¡Pues sí que sería bonito vernos, cara a cara, diciéndonos bellos sentimientos!

CLEANTIS.—¿Cómo? ¿No estoy en condiciones, pérfido, de esperar que a mi lado suspire un corazón?

MERCURIO.—No, me guardaré mucho de decirlo; pero soy demasiado viejo para atreverme a suspirar, que haría morirse de risa a la gente.

CLEANTIS.—¿Mereces, granuja, la insigne felicidad de tener por esposa a una mujer honrada?

MERCURIO.—¡Dios mío!, eres demasiado honesta: pero ese gran honor no me sirve para nada. No seas tan mujer de bien y rómpeme un poco menos la cabeza<sup>26</sup>.

CLEANTIS.—¿Cómo? ¿Estás reprochándome que viva con demasiada honestidad?

MERCURIO.—En una mujer, lo único que me encanta es la dulzura; y tu virtud arma tanto alboroto que no cesa de mortificarme.

CLEANTIS.—Deberían tocarte esos corazones llenos de falsas ternuras, esas mujeres de bellos y loables talentos que saben abrumar a sus maridos a caricias para hacerles tragar que tengan amantes.

MERCURIO.—A fe mía, ¿quieres que te lo explique? Un mal de opinión<sup>27</sup> solo afecta a los tontos; y yo adoptaría por divisa: *Menos honor, y más tranquilidad*.

CLEANTIS.—¿Cómo? ¿Tolerarías sin la menor repugnancia que amase yo a un galán con toda libertad?

MERCURIO.—Sí, con tal de que no me machacases con tus gritos y se te viera cambiar de humor y de método. Prefiero un vicio tranquilo que una virtud fatigosa. Adiós, Cleantis, alma mía querida, tengo que seguir a Anfitrión.

*Sale.*

CLEANTIS.—¿Por qué mi corazón no tiene suficiente firmeza para castigar a este infame? ¡Ah!, ¡cómo me enfurece en esta ocasión ser mujer honrada!

*Fin del Primer Acto*

<sup>26</sup> Esta ironía contra las mujeres, que tienen en su virtud la excusa para atormentar al marido con su mal carácter, figura ya en boca de Crisaldo, que hace un elogio del cornudismo en *La escuela de las mujeres* (IV, VIII, ed. cit., págs. 283-284); y volverá a repetirse por boca de Crisaldo en *Las mujeres sabias* (II, IX, ed. cit., pág. 134).

<sup>27</sup> Un mal de reputación, un mal de opinión es un mal imaginario; la idea ya la había defendido Molière en *Sganarelle o el cornudo imaginario* y en *La escuela de las mujeres* (IV, VIII).

## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

ANFITRIÓN, SOSIA

ANFITRIÓN.—Ven aquí, diablo, ven aquí. ¿Sabes, maese bribón, que tus palabras pueden bastar para que te muelan a palos? ¿Y que, para tratarte como deseo, mi furia solo espera un bastón?

SOSIA.—Si os lo tomáis de esa manera, señor, no tengo nada que añadir; y la razón siempre estará de vuestra parte.

ANFITRIÓN.—¿Cómo? ¿Quieres darme por verdades, traidor, unos cuentos que veo llenos de extravagancias?

SOSIA.—No: yo soy el criado, y vos el amo; será por tanto, señor, lo que vos queráis.

ANFITRIÓN.—Bueno, quiero sofocar la cólera que me enciende y escuchar cuanto tienes que decirme sobre tu encargo. Antes de ver a mi mujer, tengo que aclarar este enredo. Recobra todos tus sentidos, vuelve completamente en ti, y responde, palabra por palabra, a lo que te pregunte.

SOSIA.—Pero, por miedo a meter la pata, decidme por favor, de antemano, de qué manera os place que se trate esto. ¿Hablaré, señor, según mi conciencia, o como es costumbre hacer con los grandes? ¿Hay que decir la verdad, o bien emplear el halago?



ANFITRIÓN.—No, solo quiero obligarte a que de todo me hagas un relato totalmente sincero.

SOSIA.—Bien, con eso basta; dejadme hacer: no tenéis más que preguntarme.

ANFITRIÓN.—¿Qué hay sobre la orden que no hace mucho te di?

SOSIA.—Partí, bajo un cielo cubierto por negros crespones, echando pestes contra vos por este cruel martirio, y maldiciendo veinte veces la orden de que habláis.

ANFITRIÓN.—¿Cómo, bellaco?

SOSIA.—Señor, no tenéis más que decirlo, y mentiré, si queréis.

ANFITRIÓN.—¡Así es la lealtad que por nosotros muestra un criado! Sigamos. ¿Qué te ocurrió en el camino?

SOSIA.—Pues que sentía un terror mortal ante la menor cosa que encontraba.

ANFITRIÓN.—¡Cobarde!

SOSIA.—Al formarnos, la Naturaleza tiene sus caprichos, y nos hace seguir diversas inclinaciones: unos encuentran mil delicias en arriesgarse, yo las encuentro en conservar mi vida.

ANFITRIÓN.—¿Y al llegar a casa?

SOSIA.—Delante de nuestra puerta, quise ensayar un poco, para mis adentros, en qué tono y de qué manera haría el glorioso relato del combate.

ANFITRIÓN.—¿Y luego?

SOSIA.—Alguien vino a turbarme y afligirme.

ANFITRIÓN.—¿Y quién?

SOSIA.—Sosia, otro yo, muy solícito en cumplir vuestras órdenes, al que habéis enviado para ver a Alcmena desde el puerto, y que tiene conocimiento pleno de nuestros secretos, como el yo que os habla.

ANFITRIÓN.—¡Vaya cuentos!

SOSIA.—No, señor, es la pura verdad. Ese yo entró en la casa antes que yo; y yo había llegado, os lo juro, antes de llegar yo.

ANFITRIÓN.—¿De dónde viene, por favor, este maldito galimatías? ¿Es sueño? ¿Es borrachera? ¿Es locura o broma de mal gusto?

SOSIA.—No, la cosa es como os digo y en absoluto un cuento frívolo. Soy hombre de honor, os doy mi palabra, que creeréis si os place. Os aseguro que, creyendo no ser más que un solo Sosia, me encontré dos en nuestra casa; y que, de esos dos yo, rivalizando en lealtad, uno está en la casa y el otro está con vos; que el yo que veis aquí, agotado de cansancio, ha encontrado al otro yo fresco, vivaracho y dispuesto, sin más preocupación que zurrar y romper huesos.

ANFITRIÓN.—Confieso que hay que tener un espíritu muy sereno, muy tranquilo y muy benévolo, para soportar que un criado me maree con embustes.

SOSIA.—Si os enojáis, basta de conversación entre nosotros: ya sabéis que todo cesa al punto.

ANFITRIÓN.—No, quiero escucharte sin arrebatarme; lo he prometido. Pero dime, en conciencia: ¿hay la menor sombra de verdad en el misterio de nuevo género que vienes a contarme?

SOSIA.—No: tenéis razón, que debe parecer increíble a todo el mundo. Es un hecho en el que no hay nada que comprender, un cuento extravagante, ridículo, importuno, que va en contra del sentido común; pero no por ello deja de ser cierto.

ANFITRIÓN.—¿Cómo creerlo a menos de ser un insensato?

SOSIA.—Yo mismo no lo he creído sino a duras penas: por ser dos, he sentido trastornada mi cabeza, y mucho tiempo he tratado a ese mismo yo de impostor. Pero finalmente él me ha obligado a reconocerme: he visto que él era yo, sin artimaña alguna; de pies a cabeza está hecho como yo: es apuesto, de aire noble, buen porte y modales encantadores; en fin, dos gotas de leche no se parecen más; y si no fuera porque sus manos son un tanto pesadas, estaría muy satisfecho de él.

ANFITRIÓN.—¡Cuánta paciencia hay que tener! Pero, en fin, ¿no has entrado en la casa?

SOSIA.—¡Bueno, tanto como entrar!... ¿De qué modo? ¿Acaso he querido avenirme a razones? ¿Y no me he prohibido cruzar nuestra puerta?

ANFITRIÓN.—¿Cómo?

SOSIA.—Con un palo, del que todavía mi espalda siente un dolor muy fuerte.

ANFITRIÓN.—¿Te han pegado?

SOSIA.—¡Ya lo creo!

ANFITRIÓN.—¿Y quién ha sido?

SOSIA.—Yo.

ANFITRIÓN.—¿Tú te has pegado?

SOSIA.—Sí, yo: no el yo de aquí, sino el yo de la casa, que pega por cuatro.

ANFITRIÓN.—¡Que el Cielo te confunda por hablarme así!

SOSIA.—No son disparates. El yo al que hace un rato encontré tiene grandes ventajas sobre el yo que os habla: posee un brazo fuerte y mucho valor; de ello he recibido testimonios, que ese diablo de yo me ha zurrado de lo lindo; es un pícaro que hace estragos.

ANFITRIÓN.—Acabemos. ¿Has visto a mi mujer?

SOSIA.—No.

ANFITRIÓN.—¿Por qué?

SOSIA.—Por una razón bastante poderosa.

ANFITRIÓN.—¿Quién te lo ha impedido, tunante? Explícate.

SOSIA.—¿He de repetir veinte veces lo mismo? Yo, os digo, ese yo más robusto que yo, ese yo que por la fuerza se ha adueñado de la puerta, ese yo que me ha hecho someterme, ese yo que quiere ser el único yo, ese yo celoso de mí mismo, ese yo valiente, cuya furia se ha dado a conocer al yo cobarde; en fin, ese yo que estoy en nuestra casa, ese yo que se ha mostrado mi amo, ese yo que me ha molido a golpes.

ANFITRIÓN.—No hay duda de que esta mañana, de haber bebido mucho, se le ha trastornado el cerebro.

SOSIA.—Que me cuelguen si he bebido otra cosa que agua: si juro, se me puede creer.

ANFITRIÓN.—Será entonces que tus sentidos se han dejado llevar por el sueño, y que una pesadilla, en sus confusos misterios, te ha hecho ver todas las quimeras que me presentas como verdades.

SOSIA.—Tampoco es eso. No me he dormido en absoluto, y ni siquiera tengo ganas. Os hablo bien despierto, y bien despierto estaba esta mañana, por mi vida. Y bien despierto estaba incluso el otro Sosia cuando me ha zurrado tan bien.

ANFITRIÓN.—Sígueme, y calla, que me cansas demasiado la cabeza. Y soy un verdadero loco por tener la paciencia de escuchar de un criado las necesidades que dice.

SOSIA.—Todas las palabras son necesidades cuando las dice un hombre del vulgo. Serían palabras exquisitas si fuera un grande el que hablase.

ANFITRIÓN.—Entremos sin más demora. ¡Ah!, ahí aparece Alcmena con todos sus encantos: sin duda en este momento no me espera, y mi llegada va a sorprenderla.

## ESCENA II<sup>28</sup>

ALCMENA, CLEANTIS, ANFITRIÓN, SOSIA

ALCMENA.—Vayamos, Cleantis, a rendir nuestro homenaje a los dioses en nombre de mi esposo, y a darles las gracias por el glorioso éxito de cuyas ventajas, gracias a su brazo, goza Tebas. ¡Oh dioses!

<sup>28</sup> La escena tiene como referencia directa tanto a Plauto (II, II) como a Rotrou (II, III-IV).

ANFITRIÓN.—Haga el Cielo que el victorioso Anfitrión sea visto de nuevo con placer por su esposa, y que este día favorable a mi pasión os devuelva a mis ojos con el mismo corazón, y encuentre en él tanto ardor como mi alma os trae.

ALCMENA.—¡Cómo! ¿Tan pronto de regreso?

ANFITRIÓN.—Desde luego, en este día, eso es darme un pobre testimonio de vuestro afecto; y ese ¡Cómo! ¿Tan pronto de regreso?, en ocasiones como esta no es el lenguaje de un corazón muy encendido de amor. En mi interior, me atrevía a esperar que me habríais tenido demasiado tiempo lejos de vos. La espera de un regreso ardientemente deseado da a todos los instantes una duración extremada, que la ausencia de lo que se ama, por poco que dure, siempre dura demasiado.

ALCMENA.—No veo...

ANFITRIÓN.—No, Alcmena, en semejantes situaciones, uno mide el tiempo por su ansiedad; y vos contáis los momentos de la ausencia como persona que no ama. Cuando se ama de verdad, la menor separación nos mata, y el ser cuya vista adoramos no vuelve nunca demasiado pronto. Confieso que de vuestro recibimiento se queja aquí mi pasión amorosa, pues esperaba de vuestro corazón otras manifestaciones de alegría y ternura.

ALCMENA.—Me cuesta comprender en qué fundáis las palabras que os oigo pronunciar; y si os quejáis de mí, no sé, sinceramente, qué puedo hacer para satisfaceros. En mi opinión, anoche, a vuestro feliz regreso, me visteis demostrar una alegría bastante tierna, y conceder a los afanes de vuestro amor todo lo que de mi corazón podíais esperar.

ANFITRIÓN.—¿Cómo?

ALCMENA.—¿No manifesté a vuestros ojos las repentinas emociones de una alegría completa? ¿Y pueden explicarse mejor, cuando regresa un esposo al que se ama con ternura, los impulsos de un corazón?

ANFITRIÓN.—¿Pero qué decís?

ALCMENA.—Que vuestro amor mostró incluso, por mi recibimiento, una alegría increíble, y, dado que me habéis

dejado al rayar el alba, no veo que, ante este repentino regreso, sea mi sorpresa tan culpable.

ANFITRIÓN.—¿Acaso esta noche, Alcmena, un sueño de mi regreso, que yo he adelantado, ha sustituido a la realidad en vuestra alma? ¿Y que, por haberme tratado bien mientras dormíais, vuestro corazón cree haber cumplido ampliamente con mi ardor?

ALCMENA.—¿Será, Anfitrión, que un vapor maligno ha nublado en vuestra alma la realidad del regreso de anoche? ¿Y que vuestro corazón pretende arrebatarse a mi pasión la amabilidad de la dulce acogida que os hice?

ANFITRIÓN.—Ese vapor, del que me hacéis regalo, resulta, en mi opinión, un tanto chocante.

ALCMENA.—Lo mismo puede decirse, a cambio, del sueño del que me habláis.

ANFITRIÓN.—A menos de ser un sueño, no puede disculparse, desde luego, lo que vuestra boca me dice.

ALCMENA.—A menos de ser un vapor que os turba la mente, no puede justificarse lo que de vos escucho.

ANFITRIÓN.—Dejemos ya ese vapor, Alcmena.

ALCMENA.—Dejemos ya ese sueño, Anfitrión.

ANFITRIÓN.—En el tema de que se trata, no conviene llevar la broma demasiado lejos.

ALCMENA.—Desde luego; y como prueba de ello, empiezo a sentir cierta turbación.

ANFITRIÓN.—¿Así es como pretendéis reparar el recibimiento del que me he quejado?

ALCMENA.—¿Y con esa treta queréis vos divertirlos?

ANFITRIÓN.—¡Ah!, por favor, Alcmena, basta ya, os lo ruego, y hablemos en serio.

ALCMENA.—Anfitrión, eso es llevar demasiado lejos la pérdida de tiempo; acabemos esta broma.

ANFITRIÓN.—¡Cómo! ¿Os atrevéis a sostener en mi cara que antes de ahora se me haya podido ver aquí?

ALCMENA.—¿Cómo! ¿Queréis negar con osadía que ayer vinisteis a este lugar por la noche?

ANFITRIÓN.—¿Que yo vine ayer?

ALCMENA.—Sin la menor duda. Y antes de la aurora os marchasteis.

ANFITRIÓN.—¡Cielo! ¿Habrase visto alguna vez semejante discusión? ¿Y a quién no dejaría atónito todo esto? ¿Sosia?

SOSIA.—Esta mujer necesita seis granos de eléboro<sup>29</sup>, señor, ¡ha perdido el juicio!

ANFITRIÓN.—En nombre de todos los dioses, Alcmena: esas palabras tienen terribles consecuencias, recobrad un tanto vuestros sentidos y pensad lo que decís.

ALCMENA.—Pienso en ello con mucho detenimiento, y todos los de la casa vieron vuestra llegada. Ignoro los motivos que os hacen obrar así, pero si ese hecho tuviera necesidad de ser probado, si fuese cierto que pudiera olvidarse, ¿de quién sino de vos puedo saber la noticia del último de todos vuestros combates? ¿Y de los cinco diamantes que llevaba Pterelas, a quien el esfuerzo de vuestro brazo ha hecho caer en la noche eterna? ¿Puede pedirse un testimonio más seguro?

ANFITRIÓN.—¿Cómo! ¿Ya os he dado el nudo de diamantes que me tocó en el reparto, y que os he destinado?

ALCMENA.—Desde luego. Y no es difícil convenceros de ello.

ANFITRIÓN.—¿Cómo?

ALCMENA [*mostrando en su cinturón el nudo de diamantes*].—Aquí lo tenéis.

ANFITRIÓN.—¡Sosia!

SOSIA [*sacando de su bolso un cofre*].—Está de broma, porque lo tengo yo aquí; de nada sirve el engaño, señor.

ANFITRIÓN [*mirando el cofre*].—El sello está intacto.

ALCMENA [*presentando a Anfitrión el nudo de diamantes*].—¿Es una visión? Tomad. ¿No os parece concluyente esta prueba?

<sup>29</sup> «Se dice proverbialmente que un hombre necesita dos granos de eléboro para decir que está loco; porque antiguamente se servían del eléboro para curar la locura» (Furetière). La dosis habitual era solo de dos granos.

ANFITRIÓN.—¡Ah, Cielo! ¡Oh justo Cielo!

ALCMENA.—Vamos, Anfitrión, os burláis obrando de este modo, y deberíais avergonzaros por ello.

ANFITRIÓN.—Rompe ahora mismo ese sello.

SOSIA, *tras abrir el cofre*.—Pardiez, está vacío. No cabe duda de que han conseguido sacarlo por arte de magia, o bien ha venido por sí solo, sin guía, hacia aquella a la que ha sabido que querían adornar con él.

ANFITRIÓN [*aparte*].—Oh dioses, cuyo poder preside las cosas, ¡qué aventura esta! ¡Y qué augurios puedo hacer que no inquieten a mi amor!

SOSIA [*a Anfitrión*].—Si su boca dice la verdad, nuestro destino es el mismo, y al igual que yo, señor, sois doble.

ANFITRIÓN.—Cállate.

ALCMENA.—¿De qué os asombráis tanto? ¿Y de dónde proviene esa gran turbación?

ANFITRIÓN [*aparte*].—¡Oh Cielo! ¡Qué extraña confusión! ¡Veo incidentes que sobrepasan las leyes naturales, y mi honor teme un suceso que mi inteligencia no comprende!

ALCMENA.—Ante esta prueba tangible, ¿seguís pensando en negarme vuestro rápido regreso?

ANFITRIÓN.—No, pero dignaos, si es posible, contarme lo que ocurrió tras ese regreso.

ALCMENA.—Puesto que me pedís que os lo relate, ¿estáis insinuando que no erais vos?

ANFITRIÓN.—Perdonadme, pero tengo ciertas razones para pedir os en confianza ese relato.

ALCMENA.—¿Las importantes preocupaciones que pueden embargaros os han hecho perder tan pronto su recuerdo?

ANFITRIÓN.—Tal vez; pero, en fin, me complaceréis contándome toda la historia<sup>30</sup>.

<sup>30</sup> Este mismo gag cómico figura en *La escuela de las mujeres* (II, v, ed. cit., págs. 251 y ss.).

ALCMENA.—Esa historia no es larga. Avancé hacia vos llena de grata sorpresa, os besé tiernamente, y testimonié mi alegría en más de una ocasión.

ANFITRIÓN, *para sí mismo*.—¡Ah!, con gusto habría prescindido de tan dulce recibimiento.

ALCMENA.—Enseguida me hicisteis este rico obsequio que, del botín conquistado, habíais destinado para mí. Vuestro corazón me mostró con entusiasmo toda la violencia de su apasionamiento y las importunas ocupaciones que lo habían encadenado; la alegría de volver a verme, los tormentos de la ausencia, toda la inquietud que su impaciencia por regresar le había dado. Y, en ocasión semejante, nunca vuestro amor me pareció tan tierno ni tan apasionado.

ANFITRIÓN, *para sí mismo*.—¿Puede uno verse asesinado con mayor crueldad?

ALCMENA.—Todos aquellos arrebatos, toda aquella ternura, como bien suponéis, no me desagradaban; y si debo confesarlo, mi corazón, Anfitrión, encontraba en ello mil encantos.

ANFITRIÓN.—Seguid, por favor.

ALCMENA.—Nos cortábamos la palabra con mil preguntas que podían interesarnos. Se sirvió la mesa. A solas cenamos juntos, y, acabada la cena, fuimos a acostarnos.

ANFITRIÓN.—¿Juntos?

ALCMENA.—Desde luego. ¿Por qué lo preguntáis?

ANFITRIÓN [*aparte*].—¡Ah!, este es el golpe más cruel de todos, ante cuya certeza temblaba mi celosa pasión.

ALCMENA.—¿Por qué mis palabras os producen un sonrojo tan grande? ¿He hecho algo malo acostándome con vos?

ANFITRIÓN.—No, no era yo, para mi gran dolor. Y quien diga que ayer mis pasos me trajeron aquí, dice, de todas las falsedades, la falsedad más horrible.

ALCMENA.—¡Anfitrión!

ANFITRIÓN.—¡Pérfida!

ALCMENA.—¡Ah, qué violencia!

ANFITRIÓN.—No, no, basta de dulzura y basta de miramientos. Esta desgracia da al traste con toda mi firmeza, y en este fatal momento mi corazón solo respira furia y venganza.

ALCMENA.—¿De quién vais a vengaros? ¿Y qué falta de confianza os hace tratarme aquí de culpable?

ANFITRIÓN.—No sé: pero no era yo; y es una desesperación que me vuelve capaz de todo.

ALCMENA.—Marchaos, indigno esposo, el hecho habla por sí solo, y la impostura es espantosa. Es demasiado atacarme en este punto, y verme de infidelidad demasiado condenada. Si en esos confusos arrebatos buscáis un pretexto para romper los nudos de un himeneo que a vos me tiene encadenada, todos esos rodeos son superfluos, que estoy decidida a consentir en romper esos lazos hoy mismo.

ANFITRIÓN.—Tras la indigna afrenta que se me da a conocer, habréis de prepararos desde luego para ello. Es lo mínimo que debe hacerse, y tal vez las cosas puedan no quedarse ahí. El deshonor es indudable, mi desgracia evidente, y en vano querría ocultármelo mi amor. Pero los detalles siguen estando para mí confusos, y mi justa cólera pretende aclararlos. Vuestro hermano puede atestiguar con autoridad que no me he separado de él hasta esta mañana: voy a ir en su busca a fin de desmentiros sobre ese regreso que se me imputa falsamente. Más tarde indagaremos hasta el fondo un misterio hasta ahora inaudito; y en los arrebatos de una justa cólera, ¡ay de quien me haya traicionado!

SOSIA.—Señor...

ANFITRIÓN.—No me acompañes, y quédate aquí esperándome.

CLEANTIS [*a Alcmena*].—¿Hay que...?

ALCMENA.—No puedo escuchar nada. Déjame sola, y no sigas mis pasos.

ESCENA III

CLEANTIS, SOSIA

CLEANTIS [*aparte*].—Algo ha de haber trastornado su cerebro: pero pronto el hermano pondrá fin a esta disputa.

SOSIA [*aparte*].—Para mi amo este es un golpe bastante doloroso, y muy cruel es su aventura. Algo parecido me temo para mí, y discretamente quiero aclararlo con ella.

CLEANTIS [*aparte*].—¡Veamos si tiene valor para acercárseme! Pero quiero impedir que se me note nada.

SOSIA [*aparte*].—A veces resulta molesto saberlo, y tiemblo de tener que preguntárselo. ¿No sería mejor, para no correr ningún riesgo, ignorar lo que puede haber sucedido? Adelante, que pase lo que tenga que pasar, hay que saber y no puedo dejar de hacerlo. La debilidad humana nos hace sentir curiosidad por lo que no queríamos saber. Dios te guarde, Cleantis.

CLEANTIS.—¡Ah, ah!, ¡tienes la osadía, traidor, de acercarte a nosotras!

SOSIA.—Dios mío, ¿qué te pasa? Siempre se te ve enfadada, y te irritas por nada.

CLEANTIS.—¿Qué entiendes tú por nada? Di.

SOSIA.—Entiendo por nada a lo que tanto en verso como en prosa se llama nada, y nada, como bien sabes, quiere decir nada, o poca cosa.

CLEANTIS.—No sé lo que me contiene, infame, para no arrancarte los ojos y enseñarte hasta dónde llega la rabia de una mujer.

SOSIA.—¡Eh! ¿A qué viene ese ataque de furia?

CLEANTIS.—¿Llamas entonces nada al proceder que ha tenido tu corazón conmigo?

SOSIA.—¿Cuál?

CLEANTIS.—¿Cómo? ¿Te haces el ingenuo? ¿Es que, a ejemplo de tu amo, insinúas que no viniste aquí?

SOSIA.—No, porque sé muy bien lo contrario; pero no quiero ocultártelo: habíamos bebido no sé qué vino que me ha hecho olvidar todo lo que pude hacer.

CLEANTIS.—Quizá crees justificarte con ese cuento ...

SOSIA.—No, de veras; puedes creerme. Me hallaba en un estado en que puedo haber hecho cosas que lamentaría, y de las que no tengo el menor recuerdo.

CLEANTIS.—¿No te acuerdas en absoluto de la forma en que me trataste cuando viniste del puerto?

SOSIA.—Ni por asomo. Puedes contarme lo que hice. Soy justo y sincero; y me condenaré a mí mismo si soy culpable.

CLEANTIS.—¿Qué? Como la llegada de Anfitrión me había preparado para la tuya, prolongué mi velada hasta que viniste. Pero nunca vi frialdad semejante: tuve incluso que recordarte que tenías una mujer; y, cuando fui a besarte, volviste la cabeza y me ofreciste la oreja.

SOSIA.—¡Bien!

CLEANTIS.—¿Cómo que bien?

SOSIA.—Dios mío, tú no sabes, Cleantis, por qué utilicé ese lenguaje. Había comido ajo, y como hombre prudente quise apartar un poco de ti mi aliento.

CLEANTIS.—Supe expresarte la ternura de mi corazón; pero a todas mis palabras respondiste como un tronco. Y nunca logré que una palabra de cariño pudiera salir de tu boca.

SOSIA.—¡Ánimo!

CLEANTIS.—En fin, por mucho que mi pasión me arras-trase, su casto ardor no encontró en ti nada más que hielo; y, en un regreso tan esperado, te vi decepcionarlo hasta el punto de negarte a ocupar en el lecho el lugar al que te obligan las leyes del himeneo.

SOSIA.—¿Cómo? No me acosté...

CLEANTIS.—No, cobarde.

SOSIA.—¿Es posible?

CLEANTIS.—Traidor, no es sino demasiado cierto. De todas las afrentas, ésa es la más dolorosa. Y esta mañana, lejos de repararla tu corazón, te has separado de mí con palabras cargadas de un desprecio indudable.

SOSIA.—¡Bravo, Sosia!

CLEANTIS.—Pero ¿cómo? ¿Ese efecto produce mi queja? ¿Te ríes después de esa bella acción?

SOSIA.—¡Qué satisfecho estoy de mí!

CLEANTIS.—¿Así expresa el arrepentimiento de un ultraje?

SOSIA.—Nunca hubiera creído haber sido tan sensato.

CLEANTIS.—Lejos de condenarte por una burla tan cobarde, me muestras la alegría en tu cara.

SOSIA.—¡Más despacio, Dios mío! Si te parezco contento es porque en el alma tengo, créeme, una razón muy poderosa: porque, sin pensarlo, nunca me porté mejor que al obrar así contigo hace poco.

CLEANTIS.—¿Te burlas de mí, traidor?

SOSIA.—No, te hablo con franqueza. En el estado en que me hallaba, sentía cierto temor del que, con tus palabras, mi alma se ha recuperado. Desconfiaba mucho de mí, y temía haber hecho contigo alguna tontería.

CLEANTIS.—¿Qué temor es ese? ¿Podemos saber el motivo?

SOSIA.—Dicen los médicos que, cuando uno está ebrio, debe abstenerse de su mujer; y que, en ese estado, solo pueden engendrarse niños torpes de mente que no tardan en malograrse. Si mi corazón no hubiera sabido armarse de frialdad, imagina los inconvenientes que habrían podido sobrevenir.

CLEANTIS.—Me río yo de los médicos, y de sus estúpidos razonamientos. Que curen a los que están enfermos sin querer dirigir a los que están bien sanos. Se entrometen en demasiadas cosas pretendiendo poner trabas a nuestros castos deseos; y, sobre los días de canícula, sus severas leyes nos machacan los oídos con cien cuentos estúpidos<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> Según Hipócrates, en los días de canícula había que abstenerse de toda relación sexual.

SOSIA.—Más despacio.

CLEANTIS.—No, sostengo que eso no tiene sentido, y razones como ésas son propias de mentes insensatas. No hay ni vino ni tiempo que pueda ser fatal para cumplir los deberes del amor conyugal; y los médicos son unos necios.

SOSIA.—Te ruego que aplaques tu furia contra ellos: son personas honradas, diga lo que diga la gente.

CLEANTIS.—No creas que vas a salirte con la tuya: es inútil que quieras escurrir el bulto. Tu excusa no es una excusa de recibo: y tarde o temprano, pienso vengarme, entre nosotros, de la actitud con que cada día veo que se me desprecia. De tus palabras de hace poco recuerdo todas las ofensas, y procuraré utilizar, cobarde y pérfido esposo, esa libertad que tu corazón me ha permitido.

SOSIA.—¿Cómo?

CLEANTIS.—Hace un rato me has dicho que consentías, cobarde, en que amase a otro

SOSIA.—¡Ah!, en ese punto hice mal. Y me desdigo; es demasiado riesgo para lo nuestro<sup>32</sup>. Guárdate mucho de seguir ese impulso.

CLEANTIS.—Si alguna vez, sin embargo, puedo decidirme a que mi espíritu consienta...

SOSIA.—Calla, no sigas hablando: Anfitrión vuelve, y me parece contento.

#### ESCENA IV

JÚPITER, CLEANTIS, SOSIA

JÚPITER [*aparte*].—Vengo a ver si estoy a tiempo de calmar a Alcmena, desterrar los enojos que su corazón se empeña en conservar y dar a mi amor, en la preocupación que

<sup>32</sup> Nuestro honor, nuestro interés.

aquí me trae, el dulce placer de reconciliarse. [*A Cleantis.*] Alcmena está arriba, ¿verdad?

CLEANTIS.—Sí, llena de inquietud y en busca de soledad; y me ha prohibido acompañarla.

JÚPITER.—Cualquier prohibición que haya hecho, a mí no me afecta.

CLEANTIS.—Por lo que veo, a este el enfado se le ha pasado pronto.

#### ESCENA V

CLEANTIS, SOSIA

SOSIA.—¿Qué te parece, Cleantis, esa alegre actitud después de su espantoso escándalo?

CLEANTIS.—Que si todas nosotras actuásemos bien, mandaríamos a todos los hombres al diablo, porque el mejor no vale nada.

SOSIA.—Eso se dice cuando a una la domina la rabia, pero estáis demasiado enganchadas a los hombres; y a fe que os veríais en un grave aprieto si el diablo se los llevase a todos.

CLEANTIS.—En verdad...

SOSIA.—Ahí llegan. Callemos.

#### ESCENA VI

JÚPITER, ALCMENA, CLEANTIS, SOSIA

JÚPITER.—¿Queréis desesperarme? ¡Ay, bella Alcmena, deteneos!

ALCMENA.—No, no puedo estar ni un instante con el autor de mi pena.

JÚPITER.—Por favor...

ALCMENA.—Dejadme

JÚPITER.—¿Cómo?...

ALCMENA.—Dejadme os digo.

JÚPITER [*bajo, aparte*].—Su llanto me llega al alma y su dolor me aflige. [*Alto.*] Permitid que mi corazón...

ALCMENA.—No, no me sigáis.

JÚPITER.—¿Adónde queréis ir?

ALCMENA.—Adonde no estéis vos.

JÚPITER.—Vana esperanza es ésa. A vuestra beldad estoy unido por un lazo demasiado estrecho para poder estar un momento separado de ella; os seguiré a todas partes, Alcmena.

ALCMENA.—Y yo huiré de vos en todas partes.

JÚPITER.—¿Soy, pues, algo tan espantoso?

ALCMENA.—A mis ojos, más de lo que puede decirse. Sí, os veo como un monstruo horrible, un monstruo cruel, furibundo y cuya presencia resulta espantosa; como un monstruo del que huir en todas partes. Mi corazón sufre al veros un dolor increíble. Es un suplicio que me abruma, y no veo nada bajo los cielos que, por repulsivo, horrible y odioso que para mí sea, no me resulte más soportable que vos.

JÚPITER.—¡Ay!, qué cosas dice vuestra boca.

ALCMENA.—Pues tengo más en el corazón. Y por decirlo todo, ese corazón rabia por no encontrar las palabras.

JÚPITER.—¡Eh!, ¿qué os ha hecho mi amor para poder mirarme, Alcmena, como un monstruo?

ALCMENA.—¡Ah, justo Cielo!, ¿cabe preguntar eso? ¿No es para desesperar a un alma?

JÚPITER.—¡Ah!, con ánimo más sosegado...

ALCMENA.—No, no quiero veros ni oíros lo más mínimo.

JÚPITER.—¿Tenéis el valor de tratarme así? ¿Es este aquel amor tan tierno y que debía durar tanto, cuando ayer vine aquí?

ALCMENA.—No, no, no lo es, que vuestras cobardes ultrajes lo han dispuesto de otro modo. Ese amor tierno y apasionado ya no existe; vos lo habéis asesinado cruelmen-



te en mi corazón con cien vivas heridas. Hay en su lugar una cólera inflexible, un vivo resentimiento, un despecho indomable, la desesperación de un corazón justamente irritado, que pretende odiaros por esta dolorosa afrenta tanto como reconoce haberos amado: y eso es odiar todo lo posible.

JÚPITER.—¡Ay!, ¡qué poca fuerza tenía vuestro amor si por tan poca cosa se le puede ver morir! Lo que no era más que un juego, ¿debe provocar una separación, y es motivo una broma para tanta acritud?

ALCMENA.—¡Ah!, eso es lo que me ofende y lo que no puede perdonar mi enojo. Los verdaderos dardos de un impulso celoso me habrían ofendido menos. Los celos producen afectos cuya fuerza nos arrastra a menudo, y en tales circunstancias el alma más sensata requiere, sin duda, de bastante esfuerzo para controlar sus emociones; el arrebató de un corazón que puede haberse engañado tiene con qué hacerse perdonar por una persona a la que ofende; y en el amor que lo produce encuentra al menos, a pesar de toda su violencia, razones para ser disculpado. Esos arrebatos contra un rencor siempre tienen como defensa lo que los ha engendrado, y se perdona fácilmente aquello de lo que uno no es dueño. Pero que, con corazón alegre, se pase a impulsos de un furor extremado, que sin motivo se llegue, con tanta dureza, a herir la ternura y el honor de un corazón que apasionadamente nos ama, ¡ah!, ese es un golpe demasiado cruel en sí mismo, y que mi dolor no olvidará jamás.

JÚPITER.—Sí, tenéis razón, Alcmena, debo rendirme. No cabe duda de que esa acción es una falta odiosa; no pretendo seguir defendiéndola; mas permitid que mi corazón se disculpe de ella a vuestros ojos, y dé al vuestro alguien a quien dirigir ese arrebató ofensivo. Si he de haceros una confesión sincera, el esposo, Alcmena, ha cometido todo el mal; es al esposo al que habéis de mirar como culpable. El amante no ha participado en ese brutal arrebató, porque su corazón no es capaz de ofenderos. Ese corazón siente por vos demasiado

respeto y ternura para pensar siquiera en ello: y si hubiera tenido la culpable debilidad de hacer algo que pudiese heriros, el amante querría traspasarlo mil veces ante vuestros ojos. Pero el esposo ha abandonado ese sumiso respeto en el que por vos siempre se debe estar; se ha hecho conocer por su cruel conducta, y ha creído que, por derecho de himeneo, todo le estaba permitido. Sí, él es, sin duda, el que ha sido criminal con vos. Solo él ha maltratado vuestra adorable persona: odiad, detestad al esposo, consiento en ello, y os lo entrego. Pero salvad, Alcmena, al amante de esa cólera que semejante ofensa os causa; no lo culpéis de ese efecto. Diferenciadlo un poco del culpable, y para ser, en fin, equitativa, no lo castigéis por lo que no ha hecho.

ALCMENA.—¡Ah!, todas esas sutilezas no son más que excusas sin fundamento, y para los espíritus irritados tales palabras solo son importunas. Esa ridícula triquiñuela no os servirá de nada, que no hago distinciones en aquel que me ofende; en él todo se vuelve objeto de mi cólera, y en su justa violencia se confunden el amante y el esposo, ocupando los dos de igual manera mi pensamiento; y con los mismos colores, por mi alma herida, están pintados ambos a mis ojos. Ambos son culpables, ambos me han ofendido, y ambos me resultan odiosos.

JÚPITER.—Pues bien, ya que así lo queréis, tendré que cargar con ese crimen. Sí, tenéis razón cuando me inmoláis a vuestro resentimiento como víctima culpable; contra mí os anima un despecho demasiado justo, y todo esta gran cólera que aquí manifestáis me obliga a soportar un tormento legítimo. Mi llegada os aleja con todo derecho; y vuestro enojo me amenaza con rehuirme en todas partes. Debo resultar para vos un ser odioso, y es natural que me deseéis males sin cuento. No hay ningún horror que no sobrepase mi fechoría al haber ofendido vuestros bellos ojos. Es un crimen que agravia a los hombres y a los dioses, y merezco, en fin, para castigar esa audacia, que vuestra aversión concentre en mí sus dardos más cruentos; pero mi corazón os

pide gracia. Para pedíroslo, me postro de rodillas; y la pide en nombre de la pasión más viva, del más tierno amor con que un alma pueda nunca arder por vos<sup>33</sup>. Si vuestro corazón, encantadora Alcmena, me niega la gracia que me atrevo a pretender, será preciso que un repentino golpe me arranque, dándome la muerte, de los duros rigores de un dolor que no podría seguir soportando. Sí, esta situación me desespera: no penséis, Alcmena, que, amando como amo vuestros celestiales encantos, pueda vivir ni un día más con vuestra cólera. La bárbara duración de estos momentos ya hace sucumbir, bajo mortales golpes, todo mi triste corazón; y las heridas crueles de mil buitres no tienen nada comparable con mi vivo dolor. Alcmena, no tenéis más que decírmelo; si no hay perdón que deba esperar, al punto esta espada, con un golpe propicio, atravesará ante vuestros ojos el corazón de un miserable; este corazón, este traidor corazón, que merece expirar por haber podido ofender a un ser adorable. Feliz si, al descender a la tenebrosa morada, mi muerte os hace olvidar vuestro enojo, y no deja en vuestra alma, tras este triste día, huella alguna de odio al recordar mi amor. Es todo cuanto espero, como favor supremo.

ALCMENA.—¡Ah, esposo demasiado cruel!

JÚPITER.—Decid, hablad, Alcmena.

ALCMENA.—¿Todavía debo conservar benevolencia con vos después de veros ultrajarme con tantas indignidades?

JÚPITER.—Por más rencor que un ultraje nos cause, ¿puede resistir frente al remordimiento de un corazón muy apasionado?

ALCMENA.—Un corazón lleno de pasión se expone a mil muertes antes de querer ofender a la persona amada.

JÚPITER.—Cuanto más se ama a alguien, menos trabajo cuesta...

<sup>33</sup> A partir de aquí, la tirada de Júpiter aprovecha y refunde los versos 678-728 de otra obra de Molière, *Don García de Navarra* (II, VI).

ALCMENA.—No, no me habléis de eso, tenéis merecido mi odio.

JÚPITER.—¿Me odiáis entonces?

ALCMENA.—Lo hago con todas mis fuerzas; y siento despecho al ver que toda vuestra ofensa aún no logra impulsar mi corazón hasta esa venganza.

JÚPITER.—Pero ¿por qué esa violencia si, para vengaros, os ofrezco mi muerte? Pronunciad la sentencia y obedezco al instante.

ALCMENA.—Quien no podría odiar, ¿puede querer la muerte?

JÚPITER.—Y yo no puedo vivir, a menos que renunciéis a ese cólera que me abrumba y me concedáis el benévolo perdón que a vuestros pies os pido. [*Sosia y Cleantis se arro- dillan también.*] Decidid ahora mismo una de dos: o castigar, o absolver.

ALCMENA.—¡Ay! Lo que puedo decidir se adivina más de lo que deseo. Para querer mantener la cólera que me causan, mi corazón ha sabido traicionarme demasiado. Decir que no podría odiar, ¿no es decir que se perdona?

JÚPITER.—¡Ah!, bella Alcmena, permitid que lleno de alegría...

ALCMENA.—Basta. Que me odio por mi excesiva debilidad.

JÚPITER.—Ve a ver, Sosia, y deprisa, en los dulces delirios que hechizan mi alma, a todos los oficiales del ejército que encuentres, e invítalos a comer conmigo. [*Bajo, aparte.*] Mientras lo alejo de aquí, Mercurio ocupará su puesto.

## ESCENA VII

CLEANTIS, SOSIA

SOSIA.—Bueno, Cleantis, ya ves qué armonía. ¿Quieres que, siguiendo su ejemplo, también aquí hagamos nosotros las paces? ¿Una pequeña reconciliación?

CLEANTIS.—No serás tú quien vea eso, seguro. ¿Se hacen así las cosas?

SOSIA.—¡Cómo!, ¿no quieres?

CLEANTIS.—No.

SOSIA.—Pues poco me importa, tanto peor para ti.

CLEANTIS.—Anda, anda, vuelve aquí.

SOSIA.—No, pardiez, no lo haré, y quiero estar, cuando vuelva, furioso.

CLEANTIS.—Vete, traidor, vete y déjame en paz. A veces una se cansa de ser mujer honrada.

*Fin del Segundo Acto*

### ACTO III

#### ESCENA PRIMERA

#### ANFITRIÓN

Sí, sin la menor duda, la suerte me lo oculta adrede, y, de tantas vueltas como doy, al final estoy cansado. No' hay destino más cruel, que yo sepa. Por más que a todas partes dirija mis pasos, no puedo encontrar al que me dedico a buscar<sup>34</sup>, mientras que encuentro a todos los que no busco. Mil crueles importunos, que no creen serlo, sin conocerme mucho vienen a alegrarse conmigo por nuestras hazañas, para hacerme rabiar. En medio de la cruel pena por la angustia que me aflige, todos ellos vienen, con sus abrazos y su alegría, a aumentar mi angustia. Es inútil que intente pasar de largo para huir de sus persecuciones. Su agotadora amistad me detiene en todas partes, y, mientras que al ardor de sus expresiones respondo con un gesto de cabeza, por lo bajo les lanzo mil maldiciones. ¡Ah!, ¡cuán poco halagan las lisonjas, los honores y todo lo que acarrea una gran victoria, cuando en el alma se sufre un vivo dolor! ¡Y con qué gusto cedería uno esa gloria a cambio de tener sosegado el corazón! Por cualquier cosa mis celos me llevan

---

<sup>34</sup> Al hermano de Alcmena, para que atestigüe que ha estado con él hasta por la mañana.

a pensar en mi desgracia, y cuanto más la analiza mi mente, menos claro me queda su funesto caos. No es el robo de los diamantes lo que me asombra: se pueden levantar los sellos sin que se note. Pero el regalo que, según pretenden, vine en persona a hacer yo mismo, es lo que me pone en cruel confusión. A veces la naturaleza produce ciertos parecidos con los que algunos impostores se arrojan el derecho a engañar: pero es imposible que, bajo esas apariencias, un hombre pueda hacerse pasar por esposo, que en todos esos parecidos hay mil diferencias en las que una mujer puede reparar fácilmente. Desde siempre se han alabado los sobrenaturales efectos de los sortilegios de Tesalia<sup>35</sup>, pero los cuentos fabulosos que por todas partes corren siempre han pasado por locura en mi espíritu; y sería un extraordinario rigor del destino que, al salir de una grandiosa victoria, me viese obligado a creerlos a expensas de mi propio honor. Quiero tantearla de nuevo sobre este enojoso misterio y ver si no se trata de una vana quimera que haya sabido imponerse a sus turbados sentidos. ¡Ah!, quiera el equitativo Cielo que este pensamiento sea cierto, ¡y que, para dicha mía, ella haya perdido el juicio!

## ESCENA II<sup>36</sup>

MERCURIO, ANFITRIÓN

MERCURIO, [*en el balcón de la casa de Anfitrión, sin ser visto ni oído por Anfitrión*].—Como el amor no me ofrece aquí el menor placer, quiero buscarme al menos otros que

<sup>35</sup> Tesalia pasaba por ser el país de la magia; la alusión está ya en Plauto: «Por Pólux, que me vengaré de ese brujo tesalio, que ha trastornado totalmente la cabeza a toda mi familia» (*Anfitrión*, IV, vv. 1043-1044, ed. cit., pág. 163).

<sup>36</sup> La escena depende de Plauto y de Rotrou (IV, II en ambos autores).

sean de distinta naturaleza, y voy a entretener mis ocios serios sacando de quicio a Anfitrión: no será obra de un dios muy caritativo, pero tampoco es algo que me inquiete, que, por mi planeta, siento cierta inclinación a la malicia<sup>37</sup>.

ANFITRIÓN.—¿Qué razón hay para que a semejante hora esté cerrada esa puerta?

MERCURIO.—¡Hola!, más despacio. ¿Quién llama?

ANFITRIÓN.—Yo.

MERCURIO.—¿Quién yo?

ANFITRIÓN.—¡Ah!, abre.

MERCURIO.—¿Cómo que abre? ¿Y quién eres tú, que armas tanto alboroto y hablas de ese modo?

ANFITRIÓN.—¿Cómo! ¿No me conoces?

MERCURIO.—No, ni tengo la menor gana.

ANFITRIÓN.—¿Todo el mundo ha perdido hoy la razón? ¿Es un mal contagioso? ¡Sosia! ¡Hola, Sosia!

MERCURIO.—Pues bien, Sosia, sí, ese es mi nombre. ¿Temes que se me olvide?

ANFITRIÓN.—¿Me ves bien?

MERCURIO.—Muy bien. ¿Qué puede impulsar tu brazo a provocar un alboroto tan grande, y qué buscas ahí abajo?

ANFITRIÓN.—¿A mí, bellaco, me preguntas qué busco?

MERCURIO.—Entonces, ¿qué no buscas? Habla, si quieres que te entienda.

ANFITRIÓN.—Aguarda, traidor, que con un palo voy a hacerme entender ahí arriba, y a enseñarte de buenas maneras a osar hablarme en ese tono.

MERCURIO.—Más despacio. Si muestras el menor empeño en llamar a la puerta, desde aquí te enviaré mensajes<sup>38</sup> no muy agradables.

<sup>37</sup> A su reputación de «dios de los ladrones, impostores, y de todo fraude», Mercurio unía la elocuencia y «un malvado y malicioso espíritu». El planeta de su nombre ejercía, para la superstición popular, una influencia maligna.

<sup>38</sup> Le amenaza con lanzarle objetos, proyectiles.

ANFITRIÓN.—¡Oh Cielo!, ¡habrase visto nunca tamaña insolencia! ¿Es concebible en un criado, en un miserable?

MERCURIO.—¿Y qué? ¿Qué pasa? ¿Me has examinado de pies a cabeza, me has contemplado bastante con tus ojos saltones? ¡Los abre de par en par, y parece pasmado! Si se pudiera morder con la mirada, ya me habrías desgarrado.

ANFITRIÓN.—Hasta yo mismo me estremezco de lo que te estás buscando con esas palabras imprudentes. ¡Qué espantosas tempestades provocas para ti, qué tormentas de palos van a descargar sobre tu espalda!

MERCURIO.—Amigo, si te niegas a desaparecer de estos lugares, bien podrías ganarte alguna contusión.

ANFITRIÓN.—¡Ah!, ¡pronto aprenderás, majadero, para vergüenza tuya, lo que le ocurre a un criado que ataca a su amo!

MERCURIO.—¿Tú, mi amo?

ANFITRIÓN.—Sí, pillo. ¿Te atreves a no reconocerme?

MERCURIO.—No reconozco más amo que Anfitrión.

ANFITRIÓN.—¿Y quien puede ser ese Anfitrión sino yo?

MERCURIO.—¿Anfitrión?

ANFITRIÓN.—Pues claro.

MERCURIO.—¡Ah, qué visión! Pero dime: ¿en qué honrada taberna has pescado la borrachera?

ANFITRIÓN.—¿Cómo! ¿Otra vez?

MERCURIO.—¿Era un vino de jarana?

ANFITRIÓN.—¡Cielo!

MERCURIO.—¿Era añejo o nuevo?

ANFITRIÓN.—¡Qué de palos!

MERCURIO.—El nuevo se sube mucho a la cabeza cuando se bebe sin agua.

ANFITRIÓN.—¡Ah!, es seguro que te arrancaré esa lengua.

MERCURIO.—Déjalo, mi querido amigo, hazme caso, no vaya a ser que aquí alguien te oiga. Yo respeto el vino: vete, retírate, y deja a Anfitrión gozar en paz de sus placeres.

ANFITRIÓN.—¿Cómo! ¿Está ahí dentro Anfitrión?

MERCURIO.—Desde luego. Cubierto con los laureles de una total victoria, está junto a la bella Alcmena, disfrutando las dulzuras de una amable plática. Después de la disputa por un capricho amoroso, gozan del placer de haberse reconciliado. Guárdate de turbar su dulces intimidades, si no quieres que él castigue los excesos de tu temeridad.

### ESCENA III

#### ANFITRIÓN

Ah, qué prodigioso golpe me ha asestado en el alma! ¡Y en qué turbación cruel arroja a mi espíritu! Y si las cosas son como el traidor dice, ¿hasta dónde veo reducidos aquí mi honor y mi amor? ¿Por qué partido debe decidirse mi razón? ¿Debo elegir entre el escándalo o el secreto? Y, en medio de mi cólera, debo acallar o difundir el deshonor de mi casa? ¡Ay!, ¿es tolerable en afrenta tan grave? No tengo nada que desear, ni nada que perdonar; que toda mi preocupación solo debe tender a la venganza.

### ESCENA IV

#### SOSIA, NAUCRATES, POLIDAS, ANFITRIÓN *[en el fondo del escenario]*

SOSIA *[a Anfitrión]*.—Señor, pese a todos mis esfuerzos, solo he podido traeros a estos señores.

ANFITRIÓN.—¡Ah!, ¿estáis aquí?<sup>39</sup>

SOSIA.—Señor.

ANFITRIÓN.—Insolente, temerario

SOSIA.—¿Cómo?

<sup>39</sup> Solo se dirige a Sosia, al que da irónicamente el tratamiento de vos.

ANFITRIÓN.—Ya os enseñaré a tratarme así.

SOSIA.—¿Qué pasa? ¿Qué tenéis?

ANFITRIÓN [*echando mano a la espada*].—¿Que qué tengo, miserable?

SOSIA [*a Naucrates y a Polidas*].—¡Hola! Señores, acercaos deprisa.

NAUCRATES [*a Anfitrión*].—¡Ah, por favor! ¡Deteneos!

SOSIA.—¿De qué soy culpable?

ANFITRIÓN.—¿Y tú me lo preguntas, tunante? [*A Naucrates*.] Dejadme satisfacer una rabia legítima.

SOSIA.—Cuando cuelgan a alguien, se le dice el porqué.

NAUCRATES.—Dignaos decirnos, al menos, cuál puede ser su crimen.

SOSIA.—Señores, resistid, por favor.

ANFITRIÓN.—¿Cómo? ¡Acaba de tener la osadía de darme con mi puerta en las narices! ¡Y de añadir encima la amenaza con mil palabras insensatas! [*Echando mano a la espada*.] ¡Ah, bribón!

SOSIA [*cayendo de rodillas*].—Muerto soy.

NAUCRATES [*a Anfitrión*].—Calmad esa cólera.

SOSIA.—Señores.

POLIDAS [*a Sosia*].—¿Qué pasa?

SOSIA.—¿Me ha pegado?

ANFITRIÓN.—No, debe recibir su pago por las palabras que, hace un momento, se ha atrevido a decir.

SOSIA.—¿Cómo puede ser eso si por orden vuestra yo estaba ocupado en otra parte? Estos señores están aquí para atestiguar que acabo de invitarlos a comer con vos.

NAUCRATES.—Es cierto que acaba de darnos ese mensaje, y no ha querido dejarnos solos.

ANFITRIÓN.—¿Quién te ha dado esa orden?

SOSIA.—Vos.

ANFITRIÓN.—¿Y cuándo?

SOSIA.—Después de haber hecho las paces, en medio de los arrebatos de un alma satisfecha por haber aplacado la cólera de Alcmena.

[*Sosia se levanta.*]

ANFITRIÓN.—¡Oh Cielo! ¡Cada instante, cada paso, añade algo a mi cruel martirio! Y en esta terrible confusión, ya no sé qué creer ni qué decir.

NAUCRATES.—Todo lo que acaba de contarnos sobre lo que ocurre en vuestra casa sobrepasa tanto lo natural que, antes de hacer nada y de enfureceros, deberíais aclarar toda esta aventura.

ANFITRIÓN.—Vamos pues, vosotros podréis secundar mi esfuerzo, que el Cielo os ha hecho venir aquí a propósito. [*Anfitrión llama a la puerta de la casa.*] Veamos qué suerte puede esperarme este día. Aclaremos este misterio y conozcamos nuestro destino. ¡Ay!, ardo en deseos de saberlo, ¡y lo temo más que a la muerte!

## ESCENA V

JÚPITER, ANFITRIÓN, NAUCRATES, POLIDAS, SOSIA

JÚPITER.—¿Qué alboroto me obliga a bajar?<sup>40</sup> ¿Y quién llama como amo donde estoy yo?

ANFITRIÓN.—¿Qué veo? ¡Justos dioses!

NAUCRATES.—¡Cielo!, ¿qué prodigio es este? ¡Cómo! ¡Dos Anfitriones se nos muestran aquí!

ANFITRIÓN [*aparte*].—¡Tengo de espanto helada el alma! ¡Ay!, no puedo más, la aventura ha terminado; mi destino se ha aclarado, y lo que veo me lo dice todo.

NAUCRATES.—Cuanto más se fijan en ellos mis miradas, más me parece que uno y otro son semejantes en todo.

SOSIA [*pasando al lado de Júpiter*].—Señores, este es el verdadero; el otro es un impostor digno de castigo.

<sup>40</sup> De lo alto de la casa.

POLIDAS.—Cierto, este prodigioso parecido deja en suspenso mi juicio.

ANFITRIÓN.—Eso es dejarse engañar demasiado por un pícaro execrable, y con esta espada hay que romper el sortilegio.

NAUCRATES.—Deteneos.

ANFITRIÓN.—Dejadme.

NAUCRATES.—¡Dioses!, ¿qué queréis hacer?

ANFITRIÓN.—Castigar las cobardes traiciones de un impostor.

JÚPITER.—Más despacio, que no hay necesidad de arrebatare; y, cuando uno monta en cólera de este modo, da a entender que tiene malas razones.

SOSIA.—Sí, es un brujo que lleva un talismán para parecerse a los dueños de las casas.

ANFITRIÓN.—En cuanto a ti, ya te haré yo lamentar, con mil palos, esas palabras ultrajantes.

SOSIA.—Mi amo es hombre de valor, y no permitirá que peguen a su gente.

ANFITRIÓN.—Dejadme que sacie mi extremada ira y lave mi afrenta en la sangre de un malvado.

NAUCRATES [*deteniendo a Anfitrión*].—No permitiremos ese chocante combate de Anfitrión contra sí mismo.

ANFITRIÓN.—¡Cómo! ¿De vosotros recibe mi honor ese trato? ¿Y mis amigos abrazan la defensa de un bellaco? Lejos de ser los primeros en apoyar mi venganza, ¿son ellos los primeros en poner trabas a mi resentimiento?

NAUCRATES.—¿Cómo queréis que al ver esto tomemos nuestra resolución cuando todo nuestro entusiasmo permanece en suspenso frente a dos Anfitriones? Al manifestaros hoy nuestra fidelidad, tenemos miedo a equivocarnos y a no reconocerlos. Bien vemos que en vos se muestra Anfitrión, el glorioso apoyo de la salvación de los tebanos; pero lo mismo vemos todos mostrarse en él, y no sabríamos decidir en cuál de los dos pueda estar. No es dudosa nuestra elección, y a nosotros nos incumbe

hacer morder el polvo al impostor; pero vuestra perfecta semejanza lo oculta entre vosotros dos, y es decisión demasiado aventurada como para intentarlo sin más aclaraciones. Dejados comprobar con calma de qué lado puede estar la impostura, y en cuanto hayamos puesto en claro el asunto, no hará falta que nadie nos indique nuestro deber.

JÚPITER.—Sí, tenéis razón; y ese parecido puede autorizaros a dudar de los dos. No me ofendo por veros indecisos; soy más razonable y sé disculparos; la vista no acierta a discernir diferencia entre nosotros, y comprendo la facilidad con que uno puede engañarse. No me veis dar muestras de cólera, ni echar mano a la espada: sería un mal recurso para aclarar este misterio, y puedo encontrar uno más apacible y más seguro. Uno de nosotros es Anfitrión; y los dos, a vuestros ojos, podemos parecerlo. A mí me corresponde acabar con esta confusión, que pretendo darme a conocer tan bien a todos que, ante las apremiantes pruebas de lo que puedo ser, él mismo admitirá la sangre de la que nací, y ya no tendrá ocasión de replicar. Ante los ojos de los tebanos, quiero con vosotros dar a conocer la exacta verdad, pues el asunto es sin duda lo bastante importante para buscar ocasión de aclararlo a ojos de todos. Alcmena espera de mí este público testimonio. Su virtud, ultrajada por el escándalo de este desorden, necesita justificación, y voy a cuidarme de que la tenga. A eso me obliga también mi amor por ella, y por lo tanto voy a reunir a los jefes más nobles para el esclarecimiento que su reputación exige. Mientras espero con vosotros a esos anhelados testigos, consentid, os lo ruego, en venir a honrar la mesa a la que Sosia os ha invitado.

SOSIA.—No me equivocaba, señores, esas palabras resuelven cualquier indecisión: el verdadero Anfitrión es el Anfitrión que convida a cenar.

ANFITRIÓN.—¡Oh Cielo!, ¿puedo sufrir humillación más baja? ¿Cómo? ¿He de oír aquí, para martirio mío, todo

lo que el impostor acaba de decir en mi presencia, y tolerar que esté mi brazo atado pese a la furia que esas palabras me inspiran?

NAUCRATES [*a Anfitrión*].—Hacéis mal en quejaros. Permitidnos aguardar el esclarecimiento que ha de volver oportuno el rencor. No sé si es un impostor, pero habla del asunto como si tuviese razón.

ANFITRIÓN.—Marchaos, pusilánimes amigos, y favoreced la impostura. Tebas tiene para mí amigos muy distintos de vosotros, y voy a buscar a quienes, poniéndose de mi parte en esta injuria, sabrán prestar su apoyo a mi justa cólera.

JÚPITER.—Pues bien, aquí los espero, y podré zanjar la cuestión en su presencia.

ANFITRIÓN.—Bellaco, tal vez creas librarte con eso, pero nada podrá salvarte de mi venganza.

JÚPITER.—No me digno responder ahora a esas injuriosas palabras, que dentro de poco sabré confundir ese furor con dos frases.

ANFITRIÓN.—Ni el Cielo, ni el mismo Cielo podría librarte de él, que iré hasta los infiernos tras tus pasos.

JÚPITER.—No será necesario, y pronto se verá que no he de huir.

ANFITRIÓN [*aparte*].—Vamos, corramos, antes de que con ellos salga, a reunir a los amigos que comparten mi cólera, y volvamos luego con gente armada para traspasarlo con mil puñaladas.

JÚPITER.—Nada de miramientos, por favor; entremos pronto en la casa.

NAUCRATES.—Cierto, toda esta aventura trastorna el buen sentido y la razón.

SOSIA.—Dad tregua, señores, a todas vuestras sorpresas, y, llenos de alegría, id a sentaros a la mesa hasta mañana. [*Solo.*] Yo voy a hacerlo alegremente, y a disponerme a contar nuestras proezas. Ardo en deseos de vérmelas con los platos, que nunca he tenido tanta hambre.

## ESCENA VI

MERCURIO, SOSIA

MERCURIO.—Detente. ¡Cómo! ¿Vienes a meter tus narices aquí, impúdico husmeador de cocina?

SOSIA.—¡Ah!, por favor, más despacio.

MERCURIO.—¡Ah!, ¿volvéis a las andadas? ¡Ya te arreglaré yo las costillas.

SOSIA.—¡Ay!, valiente y generoso yo, modérate, te lo ruego. Sosia, trata con un poco de indulgencia a Sosia, y no te complazcas tanto en vapulearlo.

MERCURIO.—¿Quién ha podido darte permiso para llamarte con ese nombre? ¿No te lo he prohibido expresamente, so pena de recibir mil bastonazos?

SOSIA.—Es un nombre que los dos podemos tener a la vez con un mismo amo. Por Sosia me conocen en todas partes; yo consiento que tú lo seas, consiente tú también que pueda serlo yo. Dejemos que los dos Anfitriones reventen de celos, y entre sus peleas hagamos que los dos Sosias vivan en paz.

MERCURIO.—No, basta con uno solo, que estoy empeñado en no tolerar reparto alguno.

SOSIA.—Sobre mí, tendrás el privilegio de ser siempre el primero: yo seré el menor, y tú el mayor.

MERCURIO.—No, un hermano molesta, y no es de mi gusto, que quiero ser hijo único.

SOSIA.—¡Oh corazón bárbaro y tiránico! Permíteme al menos ser tu sombra.

MERCURIO.—Ni hablar.

SOSIA.—Humaniza tu alma con un poco de piedad, en nombre de esta virtud sopórtame a tu lado. Para ti seré en todas partes una sombra tan sumisa que estarás satisfecho de mí.

MERCURIO.—Nada de cuartel, la ley es inmutable. Si aún tienes la osadía de entrar ahí, como fruto recogerás mil palos.



SOSIA.—¡Ay!, ¡a qué extraordinaria desgracia te ves reducido, pobre Sosia.

MERCURIO.—¡Cómo! ¿Tu boca se permite darte todavía un nombre que yo prohíbo?

SOSIA.—No, no me refiero a mí, que hablo de un viejo Sosia que antaño fue pariente mío, y al que bárbaramente echaron de esta casa a la hora de comer.

MERCURIO.—Ten cuidado de volver a caer en esa locura si quieres seguir en el mundo de los vivos.

SOSIA [*aparte*].—¡A palos te molería si tuviera valor, grandísimo hijo de puta, demasiado hinchado de orgullo.

MERCURIO.—¿Qué dices?

SOSIA.—Nada.

MERCURIO.—Algo estabas farfullando.

SOSIA.—Preguntad<sup>41</sup>: no he dicho ni pío.

MERCURIO.—Sin embargo, un «hijo de puta» ha llegado hasta mi oído: no tengo la menor duda.

SOSIA.—Habrá sido algún loro, al que despierta el buen tiempo.

MERCURIO.—Adiós. Cuando sientas picor en la espalda, esta es la casa donde vivo.

SOSIA.—¡Oh Cielo! ¡Qué mala hora es la de comer para que te pongan de patitas en la calle! Bueno, cedamos en nuestra desgracia al destino. Sigamos hoy su ciego capricho, y en justa unión juntemos al desdichado Sosia y al desdichado Anfitrión. Aquí lo veo llegar en buena compañía.

## ESCENA VII

ANFITRIÓN, ARGATIFÓNTIDAS, POSICLES, SOSIA

ANFITRIÓN [*a varios oficiales que lo acompañan*].—Deteneos ahí, señores. Seguidnos a cierta distancia, y no avancéis todos, os lo ruego, hasta que no sea necesario.

<sup>41</sup> Sosia pone por testigo al público.

POSICLES.—Comprendo que este golpe debe doleros en el alma.

ANFITRIÓN.—¡Ay, en todos los sentidos es mortal mi dolor! Y sufro por mi amor tanto como por mi honor.

POSICLES.—Si ese parecido es tal como dicen, Alcmena, sin ser culpable...

ANFITRIÓN.—¡Ah!, en el hecho de que se trata, el mero error se vuelve auténtico crimen y, aun sin consentimiento, la inocencia perece. Errores como éstos, por más discretos que sean, afectan a puntos delicados: y aunque muy a menudo la razón los perdone, el honor y el amor no los perdonan nunca.

ARGATIFÓNTIDAS.—A mi pensamiento no le preocupa nada todo eso. Pero odio a vuestros caballeros<sup>42</sup> por sus vergonzosas dilaciones; un proceder así ofende a mi alma, y nunca lo aprobará la gente valerosa. Cuando alguien requiere nuestros servicios, debemos apoyar sus intereses con los ojos cerrados. Argatifóntidas no está por los apaños. Escuchar al adversario razonar sobre un amigo no es cosa que unos hombres de honor deban hacer: en tales momentos solo hay que escuchar a la venganza. Llevar el caso ante la justicia no puede agradarme, y, en el impulso, siempre hay que empezar atravesando, sin más ceremonia, el cuerpo con la espada. Sí, pase lo que pase, veréis cómo Argatifóntidas va derecho al grano, y de vos he de obtener permiso para que el truhán no muera por otra mano que la mía.

ANFITRIÓN.—Entremos.

SOSIA.—Vengo, señor, a sufrir a vuestras plantas el justo castigo por una maldita audacia. Pegad, golpead, moledme, abrumadme a palos; matadme en vuestra cólera: haréis bien, lo merezco, y no diré una sola palabra contra vos.

ANFITRIÓN.—Levántate. ¿Qué ha pasado?

<sup>42</sup> Alusión a Naucrates y Polidas.

SOSIA.—Me han echado sin más, cuando creía ir a comer alegremente con ellos; no pensaba que, en realidad, me esperaban allí para darme de palos. Sí, el otro yo, criado del otro vos, de nuevo ha hecho tanto daño como cuatro diablos. Hoy el rigor de semejante destino, señor, nos persigue, y, en fin, que tienen que desosiarne a mí como desanfitrionaros a vos.

ANFITRIÓN.—Sígueme.

SOSIA.—¿No es mejor ver si viene alguien?

#### ESCENA VIII

CLEANTIS, NAUCRATES, POLIDAS, SOSIA, ANFITRIÓN,  
ARGATIFÓNTIDAS, POSICLES

CLEANTIS.—¡Oh Cielo!

ANFITRIÓN.—¿Qué es lo que así te espanta? ¿Por qué ese miedo que te inspiro?

CLEANTIS.—¡Ay! ¡Estáis ahí arriba, y os veo aquí!

NAUCRATES [*a Anfitrión*].—No os precipitéis, él<sup>43</sup> está aquí para exponer ante todos las aclaraciones que deseamos y que, si podemos creer en lo que acaba de decir, sabrán liberaros de inquietudes y cuidados.

#### ESCENA IX

MERCURIO, CLEANTIS, NAUCRATES, POLIDAS, SOSIA,  
ANFITRIÓN, ARGATIFÓNTIDAS, POSICLES

MERCURIO.—Sí, todos vais a verle, y sabed de antemano que es el gran señor de los dioses, a quien, bajo los amados rasgos de ese parecido, Alcmena ha hecho descender del

<sup>43</sup> Se refiere a Júpiter.

Cielo a estos lugares. Y en cuanto a mí, soy Mercurio, que, no sabiendo qué hacer, he zurrado un poco al hombre cuya figura he tomado. Pero ahora tiene motivos de consuelo, que los palos que da un dios honran a quien los sufre.

SOSIA.—A fe, señor dios, que no es ésa mi opinión. De buena gana hubiera renunciado a vuestra cortesía.

MERCURIO.—Ahora le doy permiso para ser Sosia. Estoy harto de llevar una cara tan fea, y me voy al Cielo a lavármela con ambrosía por completo.

*Vuela al Cielo.*

SOSIA.—Que el Cielo te quite para siempre las ganas de acercarte a mí. Tu furia se ha encarnizado demasiado conmigo, que en mi vida he visto un dios más diablo que tú.

#### ESCENA X

JÚPITER, CLEANTIS, NAUCRATES, POLIDAS, SOSIA,  
ANFITRIÓN, ARGATIFÓNTIDAS, POSICLES

JÚPITER, *en una nube, [sobre su águila, armado con su rayo, en medio del ruido del trueno y relámpagos]*<sup>44</sup>.—Mira, Anfitrión, quién es tu impostor, y ve aparecer bajo tus propios rasgos a Júpiter. Por estas marcas puedes reconocerlo fácilmente; son suficientes, creo, para devolver tu corazón al estado en que debe estar, y restablecer en ti la paz y la dulzura. Mi nombre, que toda la tierra adora constantemente, acalla desde ahora las peleas que pudieran estallar. Compartir algo con Júpiter no tiene nada que deshonne, y desde luego no puede ser sino honroso verse rival del sobe-

<sup>44</sup> Este añadido de la edición de 1682 indica las «marcas», los atributos que sobre escena lleva Júpiter, y a los que se alude en la segunda frase.

rano de los dioses. No veo que para tu amor haya ningún motivo de queja, que en esta aventura soy yo, por más dios que sea, quien debe ser el celoso. Alcmena es toda tuya, hiciera lo que hiciese, y debe resultar muy grato para tu amor ver que, para agradarla, no hay otra vía que parecer su esposo: que Júpiter, revestido de su gloria inmortal, no ha podido por sí mismo vencer su fidelidad, y lo que ha recibido de ella solo a ti ha sido entregado por su ardiente corazón.

SOSIA.—El señor Júpiter sabe dorar la píldora.

JÚPITER.—Líbrate, pues, de los sombríos pesares que tu corazón ha sufrido, y devuelve toda la calma al ardor que te abrasa. En tu casa debe nacer un hijo<sup>45</sup> que con el nombre de Hércules llenará todo el vasto universo con sus hazañas. El esplendor de un destino en mil bienes fecundo hará saber a todos que yo soy tu sostén, y haré que todo el mundo envidie tu suerte. Puedes alardear con plena confianza de estas esperanzas que te doy: es un crimen dudar de las palabras de Júpiter, que son decretos del destino.

*Se pierde en las nubes.*

NAUCRATES.—En verdad que estoy encantado con estas brillantes marcas.

SOSIA.—¿Queréis seguir, señores, mi parecer? No os dejéis llevar por estos empalagosos halagos; sería una mala apuesta: para un cumplido así, las palabras son embarazosas tanto para una parte como para otra. El gran dios Júpiter nos hace un gran honor y, sin la menor duda, su bondad no puede compararse con nada. Nos promete la infalible

---

<sup>45</sup> La fórmula recuerda intencionadamente los evangelios de Mateo (1, 20-23) y de Lucas (1, 30-33), en pasajes que anuncian a José y a María respectivamente el nacimiento de Cristo. Esa conexión ya figuraba en el texto «De la credulidad» (1659), de La Mothe Le Vayer.

dicha de un destino en mil bienes fecundo, que en nuestra casa debe nacer un hijo de corazón valerosísimo. Todo va de la mejor manera. Pero, en fin, abreviemos los discursos, y que cada cual a su casa tranquilamente se retire. Sobre asuntos como éstos, siempre lo mejor es no decir nada.

FIN